

SERVICIO
SECRETO

SS

NO PIROPEES A LA MUERTA

Albert Rosbund





Albert Rosbund

No piropees a la muerta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1516

ePub r1.0

Lds 19.01.19



Título original: *No piropes a la muerta*

Albert Rosbund, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

En el bar de Simpson, el personal no hacía otra cosa que realizar comentarios sobre la nueva figura tenística del país: John McEnroe. El muchacho había ganado el Masters celebrado en el Madison Square Garden, tras haber dejado en la cuneta al flamante Jimmy Connors y derrotado en la final al morenito Arthur Ashe. Ya teníamos otro ídolo. La masa necesita de ídolos para seguir arrastrando el gusano por este perro mundo.

A mí me importaba todo aquello un rábano. El suceso de aquel día, para mí, era otro muy distinto. «Crazy Old» había entrado quinto en la sexta del Aqueduct, y me había dejado con lo puesto.

Posiblemente han leído muchos principios como éste, pero lo cierto es que los tipos como yo, cuando no hay trabajo y sólo queda la calderilla en el bolsillo de la chaqueta, va y tenemos la ocurrencia de echar el resto a la suerte.

Bueno, eso de la suerte es casi, casi un eufemismo. Era lo único que tenía, así que no iba a arriesgarlo a lo loco.

Por ello consulté con Harold Gunn.

Pequeñajo, esmirriado, con aspecto de no haberse comido una rosca en su puñetera vida, Harold Gun es un corredor de apuestas cuya autopropaganda reza que sabe más que Dios. Y yo me confié a él.

Dije que no quería tirar el dinero a lo loco, y fui y lo aposté todo, por recomendación de él, a un caballo llamado «Viejo Loco». Resultado: un desastre total. El caballito de marras llegó a la meta, claro que sí, pero ya cuando cuatro lo habían hecho antes que él.

Harold Gunn me había jurado, por sus muertos, que era el ganador seguro, que no había ningún riesgo, que incluso podía jugarme mis atributos masculinos, y si ahora lo hubiera visto,

habría ido rápidamente a hacerle compañía a sus venerables antepasados.

Menudo pájaro. Me había desplumado bien.

Y ahí estaba yo, gracias a la bondad y a la confianza de Simpson, ahogando mis penas en una botella de *whisky*, escuchando a mi alrededor los comentarios de asombro, acerca de la nueva estrella de la raqueta.

Ustedes pensarán: ¿A qué diablos viene esto? No es lo que queremos. No nos interesa tu vida de pobre miserable y angustiado. Puedes morirte, tío.

Pero hay una razón: todo esto influyó notablemente para que yo aceptara aquel caso.

Creo que todavía no les he dicho mi nombre, ni tampoco mi profesión. Ahí va: Glenn Farrell, detective privado. Y tengo por norma averiguar muy bien si mis clientes son de total confianza, si los trabajos que me proponen son honrados y no tienen que ver con actos fuera de la ley, si no hay que recibir mamporros ni jugarse heroicamente el pellejo... Todo eso se lo dejo a los colegas sin escrúpulos.

Aquel día, no.

La culpa la tuvo que yo me encontrara en la mala... y aquella chica.

Era una morena alta, esbelta, de largo y ondulado pelo castaño. Apareció por el bar, contoneando sus espléndidas formas y provocando que el personal se olvidara, por unos momentos, de John McEnroe. Hubo alguno que lanzó silbidos de admiración, incluso otro más atrevido que soltó una procacidad. La chica, que tenía portes de reina altiva, no les hizo el menor caso y alcanzó la barra.

Simpson, un regordete bonachón que en los momentos como aquéllos se comportaba como si fuera mi padre, era el que atendía el mostrador. Observé cómo ella le dirigía la palabra, y luego los dos miraban hacia mí. Me sobresalté un instante después, al ver el índice del dueño del local apuntando hacia mi persona. Y a punto estuve de dar un bote en la silla cuando la morena encaminó sus encantadores pasos justo hacia la mesa que yo ocupaba. Bebí otro trago y aguardé.

La muchacha llegó, por fin, junto a mí. Nos quedamos mirando

muy fijamente, yo con la cabeza alzada, como un conejo al que le han enseñado desde lo alto una apetitosa zanahoria. Le calculé veinticinco años a lo sumo, excelentemente bien llevados. Su rostro era ovalado, su tez bronceada, sus ojos grandes, rasgados, oscuros, con una mirada que casi taladraba, o al menos ésa era la impresión que a mí me daba. Su boca tenía un trazado perfecto, con unos labios gordezuelos y rojos. El resto era mareante, curvas que daban auténtico vértigo.

No llegué a las piernas porque, antes, su boquita se abrió para preguntar:

—¿Glenn Farrell, el detective privado?

Cabeceé.

Ella esperó unos segundos y, como yo no decía nada, añadió:

—¿Puedo sentarme?

Un servidor se estaba haciendo cargo de sus primorosos remos. Forcé una sonrisa de disculpa y balbuceé:

—Oh, sí... Por favor...

Tomó asiento frente a mí, colocando el bolso que llevaba colgado al hombro sobre la mesa y encima de él sus manos. Eran hermosas, bien cuidadas, con unos dedos finos y largos rematados por unas uñas encarnadas.

—Podía haberse traído un vaso y hubiéramos tomado unas copas juntos —dije por decir algo y romper así el silencio que reinaba entre nosotros.

—No me gusta el *whisky*.

—Vaya. Lo lamento —y me tiré al estómago el resto del vaso.

Me observaba calculadoramente, con toda seguridad calibrando si yo era su tipo o no. Al final, su garganta volvió a regalarme sus celestiales sonidos:

—He venido a contratarle.

Solté un gruñido de satisfacción. Luego dije:

—Aún no me ha dicho su nombre.

—Lorena. Lorena Cassidy.

—Bonito nombre. Me gusta.

—No he venido para que me requiebre —me replicó muy secamente.

—Perdone. ¿De qué se trata el asunto?

—Tiene que localizar a una mujer. Se llama Diane Porter, y

parece ser que se dedica al teatro.

Cerró su bella espita y yo me quedé mirándola con cierta incredulidad.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—No me parece suficiente.

—¿Porqué?

—*Miss*... ¿es usted señorita?

—Sí.

—*Miss Cassidy*, no la conozco a usted de nada, tampoco a la tal Diane Porter, y, lo que es más grave, no me ha explicado convincentemente de qué va la cosa.

Me estaba dejando llevar por mi forma habitual de actuar, pero pronto cambiaría.

—Esto es un asunto personal, y por eso he recurrido a un detective privado. Es decir, no quiero dar ninguna clase de explicación. Caso contrario, no hubiera tenido inconveniente en presentarme a la Policía.

—Yo tengo que saber con quién y por qué me la juego —repliqué.

—Pensaba que a usted le interesaría más el dinero.

Estuve a punto de soltar un exabrupto, pero me contuve a tiempo. Fue en el justo instante en que tuve conciencia real de mi situación. No podía andarme con orgullos ni engallamientos.

Mi voz sonó de otra manera, al preguntarle:

—¿Cuánto va a pagarme?

—Mil dólares, si la localiza para esta noche.

—Faltan cuatro horas escasas para que oscurezca.

—Es un trabajo bien pagado, ¿no?

—Desde luego —tuve que reconocer—, pero espero que no sea sucio.

—Usted no va a mancharse las manos. Se limitará a patear la calle y hacer preguntas hasta dar con ella. Yo ya haré el resto.

—¿Qué piensa hacer? —Fruñí el entrecejo—. ¿Matarla?

Ella soltó una argentina carcajada y repuso:

—¿Cómo lo ha adivinado?

Dejé aquel juego burlón —era verdaderamente burlón— y fui a lo positivo:

—Quiero quinientos adelantados.

Lorena Cassidy abrió su bolso y extrajo una cartera de piel.

—Le daré sólo doscientos cincuenta —dejó los billetes sobre la mesa—. Usted tampoco es mucho de fiar.

No rechisté. En silencio, con los labios apretados, conté los machacantes y luego me los guardé. La chica esbozó una sonrisa y dijo:

—No tiene que preocuparse, míster Farrell. No va a suceder nada malo.

—Hum...

—¿No me cree?

—Sólo sé que hoy no es mi día.

—¿Cómo puede decir eso? Va a ganar mil dólares muy fácilmente. Estoy segura de que encontrará a Diane Porter en un santiamén.

—¿Por qué no la busca usted, ya que sabe su nombre y su profesión?

Ensanchó la sonrisa.

—Por muchas razones, míster Farrell. Porque perdería más tiempo que usted, y el asunto me urge. Porque apenas tengo contactos en la ciudad, puede decirse que soy una recién llegada a New York, no conozco mucho este maremágnum. Y porque tengo trabajo. ¿He satisfecho suficientemente su curiosidad, míster Farrell?

—¿Esa chi... es joven?

—Sí.

—¿Esa chica es amiga suya?

—No se anime, míster Farrell. Eso es preguntar demasiado.

—Al menos, podría decirme cómo es ella.

—No lo sé.

Solté un bufido.

—Así que sólo sabe su nombre y su profesión, ¿eh?

—Sí.

—Con tan escasos datos, dudo que sea amiga suya, ni siquiera una conocida.

—Eso son deducciones personales suyas. Dejemos el tema, míster Farrell.

—¿Sabe lo que le digo? —Me pasé un dedo por debajo de la

nariz—. Esto no me huele bien.

Ella se puso en pie.

—Tal vez le haya abandonado su desodorante.

En un primer momento, la miré como si fuera una selenita. Luego, al observar su franca y encantadora sonrisa, estallé en carcajadas.

El personal olvidó, por un momento, a John McEnroe y su zurda prodigiosa. Ella y yo nos convertimos en el centro de sus miradas. Yo ya había escanciado nuevamente. Me llevé el vaso a los labios.

—¡Muy bueno! —dije—. ¡A su salud!

Y lo bebí de un trago.

Y seguí riendo.

Lorena Cassidy aún me dedicó unas últimas palabras.

—Me alegra dejarle tan animado. La primera vez que le vi, me dio la impresión de que tenía la moral por los suelos. Espero que trabaje con ganas. Y, ¡ah!, me olvidaba. Le aguardo con noticias frescas esta noche, a partir de las doce, en la Van Nest Place. Me verá en un Ford Capri color plata.

Dio media vuelta y se alejó con su sabio contoneo. No me gustaba el asunto y tampoco aquella extraña cita, pero el dinero mandaba. Y yo, Glenn Farrell, detective privado, podía ser rico aquella noche.

—¡Muchachos! —llamé la atención del personal, levantándome y alzando el vaso de nuevo lleno hasta los bordes—. ¡Me cisco en John McEnroe!

CAPÍTULO II

Aquella tarde me la pasé en lo que vulgarmente se llama Theatre District, es decir, la zona de Broadway que se halla entre la Eighth Avenue y la Seventh Avenue. Allí puede uno encontrar casi todos los teatros de Manhattan, mezclados con infinidad de hoteles y puñados de rascacielos. Es un barrio repleto de vida y de animación, de luz y de color.

Hice más o menos lo que ella había dicho: patear la calle y realizar preguntas. A la primera hora, arqueé una ceja; a la segunda, la otra; a la tercera, comencé a mosquearme. Nadie parecía conocer a Diane Porter, nadie había siquiera oído hablar de ella.

Fue entonces cuando se me ocurrió visitar despachos de agentes teatrales. Uno me dio con la puerta en las narices porque tenía mucho trabajo, otro me atendió amablemente e incluso telefoneó a compañeros, preguntando por la muñeca de marras, pero nada de nada, y un tercero me llegó a ofrecer un papel de extra en una obra, en la que había que aparecer en cueros.

Cené en un *snack*-bar con el semblante preocupado. La cosa ya no me parecía tan fácil, y los mil dólares corrían el peligro de irse al cuerno. No había aclarado con mi cliente qué pasaría si no daba con la tal Diane Porter antes de las doce de la noche. Supongo que, al menos, me quedaría con los doscientos cincuenta dólares, pero... ¿seguiría con el asunto?

De nuevo en la calle, realicé otro recorrido sin el menor éxito. Para mí estaba ya claro que Diane Porter, caso de que existiera, cosa que empezaba a dudar, no era una actriz ni siquiera medianamente conocida. Posiblemente se tratara de una principiante, de una extra, de una meritoria...

Pues no.

Me llevé una gran sorpresa cuando aquel jovenzuelo pecoso y de pelo de panocha me contestó:

—Sí, señor. Yo conozco a Diane Porter. Es la primera actriz.

Había tenido la ocurrencia de acercarme al Cedar Theatre de la West 56th Street, especializado últimamente no en obras de teatro propiamente dichas, sino en revistas. Y la suerte me daba de cara.

El muchacho hacía las veces de portero. Esa noche no había representación. Me explicó por qué.

—Están aún con los ensayos. El autor de la obra es Sam London. ¿Ha oído hablar de él?

Tenía un vago recuerdo. Había sido el padre de unos musicales que ofreciera el invierno pasado la NBC, por la tele. La crítica fue más bien adversa.

—El estreno será el próximo sábado por la noche. Dicen que será un éxito.

—¿Ahora hay alguien ahí dentro?

—Sí, señor.

—Ensayando, ¿eh?

—El director es muy meticuloso. Se trata de Joseph Walters, el que fuera responsable de «Pearl Story». Un auténtico as de la revista.

Eso era cierto. Joseph Walters tenía fama. Incluso prestigiosos directores de cine recurrían a él para que les ayudara en la realización de determinados números musicales de sus films.

Me desentendí del muchacho y me colé en el interior. A través del silencioso y espacioso *hall*, ahora como un tétrico cementerio, traspuse unos cortinones y llegué al patio de butacas, completamente vacío. Al fondo, el escenario, repleto de luces y de gente que se movía de una forma muy vivaracha. Me llegaron algunos gritos lejanos. Alguien me dio un golpecito en la espalda.

Giré sobre mis talones y quedé encarado nuevamente al jovenzuelo. No tendría más allá de los dieciocho años, y me miraba de una forma hosca.

—Se coló sin decir quién es y adónde va, señor —me recriminó.

—Oh.

—Por favor... No quisiera perder el puesto. Es mi primer paso. Algún día llegaré hasta allí —miró con ojos luminosos hacia el

escenario.

—Mi nombre es Glenn Farrell y deseo saber sobre Diane Porter.

—¿La busca?

—Algo así.

—Pues lo lamento, señor.

—¿Por qué?

—La señorita Porter no ha venido hoy al ensayo.

—Bueno, no importa. Me conformaré con saber dónde puedo localizarla.

—En eso no puedo ayudarle.

—Alguno de los de allí tal vez sí pueda. ¿Tengo tu permiso para seguir adelante?

—Sí.

—Gracias.

Avancé por el pasillo central, alfombrado y limpio. Mis pasos eran silenciosos. Contemplé cómo un hombre en mangas de camisa subía al escenario de un hábil salto y empezaba a impartir órdenes a grito pelado. Cuando alcancé la primera fila de butacas, le reconocí. Era Joseph Walters, el director de la revista.

Entonces alguien carraspeó y yo miré hacia allí. Dos hombres se hallaban sentados en sendas butacas. Eran jóvenes de mi edad, y no sobrepasarían los treinta años. A uno de ellos, el más alto y apuesto, le conocí enseguida. Se trataba de Thomas Pearsons, un actor en alza. Enseguida imaginé que él sería sin lugar a dudas el protagonista masculino de la obra.

No hizo falta que yo tomara iniciativa alguna. Ellos se levantaron y avanzaron hacia mí.

—¿Quién es usted? —me preguntó el desconocido; era más bajo que el otro, de facciones angulosas y mirada un tanto huidiza. De todas formas, poseía una complexión bastante atlética, se le notaba ágil y fuerte.

—Me llamo Glenn Farrell.

—¿Y qué hace aquí?

—Aún no me han dicho quiénes son ustedes —repliqué.

—Robert *Twist*, coreógrafo. Éste es Thomas Pearsons, el primer actor.

—¿Es usted periodista? —preguntó el otro—. ¿Acaso un crítico?

—No.

—¿Entonces...? —interrogó el coreógrafo.

—He venido aquí en busca de Diane Porter, aunque parece ser que he realizado el viaje en balde. Ella no está.

—En efecto —asintió Thomas Pearsons—. Se cree una gran diva, y hace lo que le da la real gana.

Había un tono de resquemor en aquellas palabras. Estaba ya claro que su compañera no le caía simpática.

—Hizo novillos, ¿eh? —Sonreí.

—No exactamente —puntualizó el coreógrafo—. Dijo que esta tarde y noche ensayáramos números en los que ella no intervenía, pues tenía un compromiso.

—Un compromiso, ja —se rió sin ganas Thomas Pearsons—. Alguna cita de golf, seguro. No se puede esperar menos de una tía así. Según tengo entendido, antes ejercía como chica de alterne...

—No le haga caso. Thomas está un tanto resentido. El hubiera preferido que su compañera fuera Sharon Springs, su actual amiga.

—¡No es eso, Bob! —exclamó el otro, vehementemente—. ¡Es que Sharon vale mil veces más que esa... esa...! En fin, tú mismo sabes lo que te ha costado enseñarle a bailar, un infierno. Y a pesar de todo, sigue siendo una mediocridad.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

Era Joseph Walters, que había abandonado el escenario. Estaría rondando ya la cuarentena, muchas canas traviesas salpicaban su melena y su rostro se podría definir como risueño.

—Este hombre busca a Diane —le informó el coreógrafo.

—¿Quién es usted? —Me encaró. Algunas gotitas de sudor cubrían su arrugada frente.

—Glenn Farrell es mi nombre. Y, en efecto, intento localizar a Diane Porter.

—¿Por qué?

—Se trata de un asunto personal, privado.

—Aquí no está.

—Eso me han dicho. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Supongo que en su domicilio.

—¿Conoce la dirección?

—Sí, pero... —vaciló—, ¿cómo sé que hago bien? No le conozco de nada.

—Bueno, si usted no me la dice, no creo que me sea muy difícil

obtenerla por otro conducto.

—Tiene razón —asintió Thomas Pearsons—. Este señor debe ser uno de los pocos que no conoce su agujero. Vive en un chalet alquilado en Lake Avenue, en el número 1013.

—¿Dónde se encuentra eso?

—En Mariner's Harbor, al norte de Richmond. Es una zona rica. Esa chica es una tía con una suerte loca.

—Sí —convino el coreógrafo—, protegida por algún hada madrina.

—Lo más extraño es que haya resultado ser Paul Kehoe —comentó Thomas Pearsons, esbozando una mueca de incredulidad—. Ese tipo es de la otra a...

—¡Pearsons! —le llamó rápidamente la atención el director—. ¡Manténgase al margen y vuelva al escenario! ¡Tiene que ensayar el número principal del acto segundo!

—En él también interviene la señorita Porter —objetó.

—Haremos solamente lo que concierne a usted. ¡Vamos!

El actor apretó los labios y se alejó en silencio. Joseph Walters se dirigió entonces a mí.

—Y si usted no tiene ya nada más que hacer aquí, puede largarse. Tenemos mucho trabajo por delante. La fecha del estreno está a la vuelta de la esquina. ¡Vamos, a la faena, Bob!

Me dejaron solo. Durante unos instantes, estuve observando los ensayos, cómo el coreógrafo y el director comentaban entre sí, discutían con los actores, corregían defectos... En un momento determinado, Joseph Walters le llamó la atención muy acaloradamente a una rubia platino, de piel lechosa y piernas de ensueño, la cual no tuvo ningún remilgo y le espetó un obsceno taco.

—¡Puede largarse, señorita Shaw! —le gritó el director—. ¡Está despedida! ¡Nos sobran chicas de *ballet*!

La chica aún le dedicó, antes de retirarse, unos cuantos adjetivos de mayor calibre. Joseph Walters mantuvo su compostura a duras penas, el rostro encendido por la ira que le embargaba.

Yo, sonriendo, me encogí de hombros, di media vuelta y me encaminé hacia la salida.

Me despedí cordialmente del muchacho con sueños de actor, y me dije que ya podía acudir a la extraña cita con mi cliente. ¿Por

qué en Van Nest Place? Posiblemente, no quisiera que supiera dónde vivía... Eso me hizo pensar que tal vez me hubiera dado un nombre falso.

Al diablo con mis incertidumbres y desconfianzas. Le daría la dirección de Diane Porter, ella me pagaría el resto de la soldada y adiós, muy buenas. Podría vivir un tiempo, si sabía dejar a un lado los salvavidas como Harold Gunn, y ya aparecerían asuntos mejores y más claros.

Como carecía de coche —la gasolina parece un cohete disparado hacia el infinito— tuve que hacer uso de los transportes públicos. La noche era agradable, con un cielo tachonado de estrellas. Broadway quedó atrás con su ajetreada vida de variopintos espectáculos. La Van Nest Place se encontraba al sur, en el viejo Greenwich Village.

El lugar era silencioso y tranquilo, sin mucha iluminación, y no me fue muy difícil distinguir el Ford Capri color plata, aparcado en solitario. Distinguí perfectamente la silueta de la joven, frente al volante, fumando un cigarrillo.

Aceleré mi paso, con la ilusión de volverla a ver, y justo entonces surgió aquel inesperado hombre, que se abalanzó sobre el coche.

CAPÍTULO III

Era un tipo de mediana estatura, muy corpulento, con un rostro de facciones feroces, capaces de intimidar al más pintado. Rondaría los treinta y tres años de edad, y vestía un vulgar y desgastado traje de chaqueta.

Como dije antes, surgió de pronto, de una esquina, y se dirigió directamente hacia el auto aparcado de mi cliente. Una de sus manazas abrió la portezuela del lado contiguo del conductor y en ese instante Lorena Cassidy se dio cuenta de su presencia, pues fue cuando rompió el silencio de la noche con un agudo grito.

Corrí como un desesperado y llegué a tiempo de agarrarle por los pantalones, cuando ya iba a tomar asiento. Tiré fuertemente hacia afuera, mientras él lanzaba una maldición, y ella abría unos ojos como platos. Estaba muy hermosa, pero no eran momentos para ponerse romántico.

El fulano y yo salimos trastabillando hacia atrás, teniendo la desgracia de tropezar con un cubo de basura. Toda la porquería quedó desparramada por la acera, y nosotros con ella.

Olí a mierda y, acto seguido, sentí el lacerante dolor de una patada en el costado. El tipo había sido más rápido que yo a la hora de ponerse en pie. Intentó un nuevo patadón, pero esta vez estuve al quite. Tomé con mis manos su pie y lo volteé rápidamente. Mi contrincante perdió el equilibrio, braceó como si estuviera en una piscina y no supiera nadar y por fin besó el suelo, lleno de desperdicios.

Mc levantaba cuando escuché el motor del coche, arrancando. La muchacha se largaba a todo gas, dejándome solo. No medité mucho acerca de esto porque el energúmeno ya se recuperaba, haciendo muecas y escupiendo al suelo.

El tipo también sufrió una decepción al ver el coche alejarse, pues supongo que era mi cliente quien le interesaba, no yo. Aproveché entonces para tirarle la zurda a la cara, y el muy bestia la encajó como si fuera el Cassius Clay de los buenos tiempos, sin parpadear.

De pronto, un puño estalló en mi mentón y vi un sinfín de lucecitas. El fulano no sólo sabía encajar, sino también arrear. Cuando la vista se me aclaró, observé cómo el cubo de la basura venía, veloz, hacia mí.

No pude evitarlo. Me quedó de sombrero. Pero un sombrero que me llegaba hasta el pecho, y que, por tanto, no me permitía ver.

Di un par de vueltas como un idiota, y cuando conseguí arrancármelo, el tipo ya se había hecho humo. Escuché un ruido de motor lejano y supuse que debía ser él, largándose de aquel solitario y silencioso lugar.

Coloqué el cubo al revés y me senté sobre su base, reflexivo. No entendía absolutamente nada. Y lo que era peor, me había quedado sin dinero y el olor de mi cuerpo debía espantar a las mismísimas ratas.

¿Quién era, exactamente, Lorena Cassidy? ¿Qué juego se llevaba entre manos? ¿Para qué quería saber de Diane Porter? ¿Por qué aquel tipo corpulento, con cara de bestia salvaje, había pretendido asaltarla?

La noche se había puesto demasiado tonta para mí, así que decidí plegar velas e irme a descansar. Tampoco me iba de completo vacío, qué demonio. Doscientos cincuenta machacantes eran algo. Olvidaría el asunto.

Nones.

Un coche dobló la esquina de enfrente, las luces me dieron en el rostro. Enseguida supe que se trataba del Ford Capri de mi cliente.

Se detuvo junto a la acera. Nos miramos. Ella, desde su posición de conductora, yo, desde el cubo de la basura. Finalmente mi cliente se decidió a estirar su cuerpo y abrir la portezuela del asiento contiguo.

—Suba —dijo.

Imposible negarse. Por varias razones: una porque me picaba sobremanera la curiosidad, muchas eran las preguntas que me bailaban por la mente; otra porque aquella joven me gustaba, tenía

un atractivo que me iba.

Subí.

Ella arrancó, comentando:

—Mejor será alejarse de este lugar, por si las moscas.

No repliqué, la mirada en el frente. Por Charles Street, nos dirigimos hacia la Seventh Avenue.

—¿Está enfadado? —me preguntó al rato.

—¿Usted qué cree?

—Comprenda por qué me largué, abandonándole. Yo estaba indefensa. Si el otro consigue vencerle...

—Eso es lo de menos.

—¿Entonces...?

—Me preocupa el asunto en el que estoy metido. Mejor: el asunto en el que usted me ha metido.

—Oh.

Fue lo único que dijo. Dejamos atrás el St. Vincents Hospital y continuamos hacia el norte. Cinco minutos después, todavía sin haber despegado los labios ninguno de los dos, me di cuenta de que nos encaminábamos hacia mi oficina, que también es mi casa, en el distrito de Chelsea, junto a las líneas férreas. Es un lugar barato, económico, porque nadie quiere aguantar los ruidos de los trenes.

Detuvo el auto delante del 540 de la West 29th Street. Al fin, fui yo quien tomó la palabra.

—¿No me va a dar ninguna explicación?

Ella se humedeció los labios primeramente.

—Le escogí por el listín. Me presenté aquí, el portero me informó de que no estaba, que posiblemente le encontrara en el bar de un tal Simpson. Me indicó cómo llegar a él, y así lo localicé.

Di un manotazo en el tablier.

—¿Me toma por idiota?

Lorena Cassidy no me contestó, de momento. Giró un poco el cuerpo, aproximándose a mí, para poder coger el bolso que se encontraba sobre el asiento trasero. La tuve tan cerca, oliendo su fragancia, que no sé cómo pude resistir la tentación de estrecharla y besarla.

Ella abrió el bolso.

—Supongo que cumplió su trabajo —dijo, sacando el resto del dinero.

—¿Por qué?

—Me pareció usted un hombre competente.

—Gracias.

—¿Qué hay de lo que le encargué?

—Diane Porter trabaja en una revista, en el Cedar Theatre. Vive en el 1013 de Lake Avenue, al norte de Richmond.

—Estupendo.

Me alargó el dinero, muy satisfecha.

—Usted todavía no me ha dado las explicaciones que yo quiero —objeté.

—No tengo por qué darlas —sonrió—. Yo soy la que paga. Cójalos.

Tomé los billetes.

—Esto pone fin a nuestra relación —agregó.

Apreté los labios, fastidiado, y me puse a contar la soldada. Exclamé, sorprendido:

—Aquí hay mil dólares.

—Los doscientos cincuenta extra son por la ayuda prestada esta noche, desembarazándome de aquel hombre.

—Ya.

—¿Satisfecho?

—No.

—Pues lo siento. No tengo más para usted.

—No es dinero lo que deseo. Quiero saber por qué pretende localizar a Diane Porter. Pero incluso no me interesaría eso demasiado si no llega a suceder lo de esta noche, la inesperada aparición de ese energúmeno. ¿Quién era él? ¿Qué pretendía de usted?

—No lo sé.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿No llegó a hablarle?

—No.

—Me está mintiendo.

—Piense lo que quiera.

—Estoy seguro de que le conocía.

—Dejemos esta conversación, míster Farrell. Estoy contenta de sus servicios. Se ha ganado bien el dinero. Ahora, váyase.

—¿Y por qué la cita en esa plaza?

—No insista. No voy a responderle. Adiós.

—Está bien —acepté de mala gana—. Pero no sé por qué me temo que todo esto no acaba aquí.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije en el bar. Algo huele a podrido.

Ella sonrió y se llevó dos dedos a la nariz, a modo de pinza.

—Me temo que es usted —me replicó, con extraña voz.

Mis ojos debieron lanzar un destello peligroso porque la joven dejó de sonreír *ipso facto*. Brutalmente, la atraje hacia mí y la besé en los labios, mordiéndola con fiereza, hasta saborear su sangre.

—Recuerde —le dije roncamente, cuando nos separamos—, fue por usted que me metí en la mierda. Y espero no haberlo hecho de una manera metafórica.

Ella se encontraba muy agitada, los ojos relampagueando chispas de indignación. Abrió la boca para decir algo, pero se lo debió pensar mejor y la cerró con fuerte rechinar de dientes. Le dio al encendido.

Yo abrí la portezuela. Le dirigí una última mirada, observando cómo se relamía con la lengua el labio inferior, y luego bajé. El auto arrancó al momento, dejándome solo y sombrío.

Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Sólo al amanecer, ya agotado de dar tumbos en la cama, nerviosamente, quedé un tanto adormilado.

Me sobresaltó el teléfono, a eso de las once de la mañana. Al descolgarlo, reconocí perfectamente la voz de Lorena Cassidy:

—Míster Farrell, no hay forma de encontrar a Diane Porter, ni en su casa ni en el teatro. ¡Parece como si la tierra se la hubiera tragado!

CAPÍTULO IV

Me tomé unos segundos de silencio, para asimilar las palabras que acababa de escuchar, y luego pregunté, aún no del todo convencido:

—¿Qué quiere decir?

—Estuve en su casa esta mañana, en la dirección que usted me facilitó. Nadie me abrió. Luego me trasladé al teatro. Todo el mundo la estaba esperando desde las nueve, hora en que comenzaba el ensayo, pero seguía sin dar señales de vida, según me explicó el portero. No pasé al interior para no llamar en exceso la atención.

—Hum.

—¿Me escucha?

—Por supuesto.

—Quiero que siga con el asunto, míster Farrell.

—¡Oiga, yo...!

—Le pagaré otros mil dólares si es preciso. Quiero que la encuentre. Esta vez, encuéntrela personalmente y tráigamela.

—¿Adónde?

Esperaba que me diera su dirección, pero tuve que conformarme con el teléfono.

—En cuanto la tenga, me llama y quedaremos citados.

—Usted da por hecho que acepto, y yo aún no me he pronunciado.

—Son mil dólares más.

—Pero el asunto no está claro. Cada vez está más oscuro y extraño.

—Pago bien para que no haga preguntas.

—Es usted muy sincera.

—Y le pido perdón por lo de ayer. Debí comprender que usted

no estaba de humor, después del altercado con aquel hombre.

—Y también es usted muy interesada. Me pide perdón porque necesita mi ayuda.

—Bueno, dejemos la cháchara. ¿Acepta?

No tenía otra cosa que hacer, mil machacantes más eran del todo atractivos y, por otro lado, así cabía la posibilidad de seguir inmerso en aquel enigmático caso... y también poder volverla a ver.

En el otro platillo de la balanza sólo tenía la desconfianza que me merecía el asunto.

Le dije que sí.

Ella me dio las gracias y colgó. Otra vez volvía a haber relación entre nosotros. Ya veríamos cómo terminábamos en esta ocasión.

Me duché y desayuné, aunque casi era ya la hora del almuerzo. Poco después, estaba en la calle. No tenía otro sitio que ir más que al Cedar Theatre, era allí donde podía saber cosas, gracias a las gentes que se relacionaban con la tal Diane Porter.

El chico pelirrojo no estaba, sí, en cambio, un hombre grueso y gris como su vestimenta. Le hice un rápido estudio, llegando a la conclusión de que se trataba de un buen hombre. Me franqueó el paso en cuanto le dije que era conocido de Joseph Walters. En cierto modo, no le mentí.

Allí dentro, la algarabía era total. Los nervios estaban a flor de piel, y unos a otros se gritaban e insultaban por un quítame allá esas pajas.

Joseph Walters parecía un león enfurecido, el coreógrafo recorría el escenario de un lado a otro pegando chillidos, los actores y bailarines protestaban constantemente. Thomas Pearsons, el protagonista masculino, parecía el más sereno, acompañado de una sugestiva pelirroja, con la que se hallaba estrechamente enlazado.

En esta ocasión, había allí dos personas más, que destacaban por sus pulcras vestimentas y por hallarse fuera del escenario, en el patio de butacas, discutiendo precisamente con el director de la revista. No conocía a ninguno de los dos.

Me acerqué al trío.

—Buenos días.

Desde luego, no eran buenos, pero es el saludo habitual.

Joseph Walters, al verme, soltó un bufido. Los otros dos hombres se limitaron a mirarme con curiosidad.

Uno era alto y desgarrado, de unos treinta y cinco años, con cierto aire melancólico en su rostro aniñado. El otro, de mediana estatura y complexión pícnica, sobrepasaría al anterior en una decena de años, poseía una nariz aguileña y unas gruesas bolsas bajo los ojos.

—¿Qué hace usted aquí, otra vez? —Ladró más que dijo el director de la revista.

—Seguir buscando a Diane Porter.

—Vaya. Precisamente estaba pensando que tal vez fuera usted el culpable de su desaparición.

—Lamento desilusionarlo. No sé nada de ella.

—Usted obtuvo su dirección.

—Pero no la encontré.

—Ya —me miró hoscamente.

—Algo me han comentado ahí fuera. ¿Es cierto que ha desaparecido?

—¡Sí, maldita sea! ¡Esa mujer va a acabar conmigo! ¡A qué mala hora la trajo usted, Kehoe!

Seguí su mirada. Kehoe era el tipo de complexión pícnica. En ningún momento me había quitado el ojo de encima. Yo recordaba las palabras de Thomas Pearsons, su insinuación.

—¿Quién es este hombre, Walters? —le preguntó con una voz suave como el terciopelo.

—Un individuo que anda buscando a Diane Porter. Ya estuvo aquí anoche con esas pretensiones. Pearsons se fue de la lengua y le facilitó la dirección.

—Ese Pearsons... —Meneó la cabeza de un lado a otro. Sus ojos me miraron fijamente—. ¿Por qué la busca?

—Se trata de un asunto personal.

—¿No puede ser más explícito?

—Le seré franco. Mi profesión es detective privado, y me han encargado encontrar a la chica.

Entonces, su cliente ya sabía que había desaparecido...

Esa observación me hizo fruncir el ceño. ¿Me había engañado Lorena Cassidy?

—No —respondí, no del todo convencido—. Al principio, me contrató para que la localizara, no sabía dónde vivía, dónde trabajaba... Pero, por favor, no me pida más; existe una cosa que se

llama secreto profesional.

—Ya.

Joseph Walters me miraba de otra forma.

—No es usted de fiar —dijo. Achicó los ojos—. ¿No sabe más de ella?

—Ni siquiera la conozco de vista. Mi cliente me comunicó que no la había encontrado en la dirección que le facilité, que siguiera buscándola. Por eso decidí venir aquí. ¿Están seguros de que ha desaparecido?

—Hemos hecho todas las comprobaciones pertinentes y no hay forma de dar con ella. Primeramente telefoneamos a su casa y nada. Luego nos personamos allí, nadie nos abrió. Temimos que le hubiera pasado algo y solicitamos la llave maestra del encargado de esa urbanización. El chalet estaba completamente vacío. Seguidamente, interrogamos a sus amistades, vamos, las que nosotros conocemos, y nadie supo darnos razón de ella. Sólo nos queda avisar a la policía.

—¿Tenía que venir aquí?

—Por supuesto. Estaba citada a las nueve.

—Y yo puedo asegurar que pensaba venir —intervino el hombre alto y desgarrado que hasta ahora no había abierto el pico—. Cuando se despidió de mí, me dijo: «¡Hasta mañana a las nueve, Sam!».

—Creo que todavía no nos hemos presentado —dije yo, deseoso de confirmar la personalidad de mis interlocutores—. Mi nombre es Glenn Farrell.

—Yo soy Paul Kehoe —se adelantó el de la voz suave y los ademanes sospechosos—. El productor de la obra.

—Sam London —dijo el otro—. El autor del libreto.

—Parece ser que usted fue el último que habló con ella, London —seguí donde antes habíamos dejado la conversación.

Carraspeó.

—Bueno, ella y yo salimos anoche a cenar juntos y tomar unas copas.

—Ajá.

—A eso de la una de la madrugada, la dejé en casa. Precisamente quiso retirarse pronto porque debía levantarse temprano para acudir al ensayo. Eso es todo lo que sé.

—¿Y usted, Kehoe?

—¿Yo?

—¿Qué sabe de ella? Tengo entendido que fue usted quien la promocionó.

—Pues... sí.

—¿Por qué?

—Bueno, fue una más de las que se presentan siempre por la oficina solicitando una oportunidad. Le vi condiciones y ambición, dos cosas siempre precisas para el triunfo, y decidí arriesgarme.

—Y enseguida, el salto al primer puesto.

—No exactamente. En primer lugar, la puse en manos de Robert *Twist*. Luego, sí, le he concedido esta gran oportunidad. Ella sabe lo que se juega y por tanto su responsabilidad le hará poner toda la carne en el asador... si es que verdaderamente quiere triunfar.

—Muy generoso de su parte. ¿Hace eso con todas?

—Ya le he dicho que en ella he visto posibilidades.

—Una cosa es querer y otra muy distinta poder. Según parece, ella no puede en demasía.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Lo he oído por ahí. Pero dejemos a un lado esto —volví a encararme a Sam London—. Según me explicaron anoche, no asistió al ensayo, me refiero a Diane Porter, porque tenía un compromiso. ¿Era usted ese compromiso?

Sam London compuso una mueca, sin saber qué decir. El director de la revista se adelantó.

—Claro que sí. Con la desaparición de ella, ha quedado al descubierto. En honor a la verdad, hay que reconocer que Thomas Pearsons tenía razón. No asistió al ensayo para irse por ahí de golf. Y lo que más me fastidia es que tú, Sam, hayas sido el causante.

—La chica me gusta, no está nada mal... —Trató de justificarse—. Fue ella la que me pidió que saliéramos por ahí, pues se encontraba con la cabeza embotada y no tenía ninguna gana de ensayar.

—¿Cuál es exactamente su relación con ella, London? —pregunté yo.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que he sido bastante claro. Pero si lo quiere más

crudamente, ¿son amigos o amantes?

—Bueno, la he conocido hace poco, desde que fue designada para esta obra. Hemos salido varias veces juntos, no lo pasamos mal...

—Eso no es decir nada. De todas formas, por su cara, adivino la respuesta. En fin —suspiré—, resumiendo, señores: ¿nadie de aquí sabe nada de ella?

—No —respondió Kehoe.

—¿Qué piensan hacer?

—Estábamos discutiendo la conveniencia o no de llamar a la policía —contestó ahora Sam London.

—Yo soy partidario de esperar unas horas más —opinó el productor de la obra—. A lo mejor, no ha ocurrido nada grave, y con ello solo conseguimos una perjudicial publicidad.

—Pero ¿y si verdaderamente sucede algo grave? —objeté yo.

—¡Yo no puedo estar más tiempo ensayando sin ella! ¡Necesito su presencia! —Se alteró Joseph Walters—. ¡Si es que quiere que el estreno se lleve a cabo el sábado por la noche, con alguna probabilidad de éxito!

—Calma, por favor, calma —pidió Kehoe.

—Creo que les voy a dejar —dije, observando que aquella conversación no me iba a llevar a ningún lado—. Les veo muy ocupados.

—Oiga, espere —me llamó la atención el productor.

—¿Qué?

—Estoy dispuesto a contratarle.

—Ya tengo cliente.

—Bien, le daré una prima especial para que ponga mayor empeño. ¿Cuánto quiere?

Me lo pensé. Era jugar con dos barajas, pero ¿por qué despreciar al dios dólar, cuando venía de cara?

—Mil —respondí.

—Muy bien —aceptó al momento, sin rechistar—. Avíseme en cuanto la encuentre.

Me alargó una de sus tarjetas de visita. La tomé y me alejé hacia el escenario, mientras Joseph Walters observaba, con cierta recriminación:

—No hace bien, Kehoe. Debía avisar a la policía.

Ya no escuché más. En el escenario, Robert *Twist* estaba dirigiendo unos pasos de baile. Yo fui la causa de que los interrumpieran.

—¿Otra vez usted aquí? —Respingó.

—En efecto. No encontré a la chica.

—Ah, ya. Parece ser que ha desaparecido.

—Eso me han dicho. ¿Usted sabe algo?

—Si lo supiera, ya lo habría dicho.

—Claro. Usted tuvo alguna estrecha relación con ella, ¿no, amigo?

Frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Fue su maestro.

—Bueno, sí. No hice más que cumplir con lo que me ordenó el señor Kehoe.

—En ese tiempo, intimarían algo, ¿no?

—¿Por qué supone eso?

—La chica parece tener unos cascos ligeros, según los comentarios generales.

—Yo no tuve ninguna relación de esa clase con ella. Me limité sólo al trabajo.

—¿Le contó algo de su vida?

—En absoluto. No me interesaba.

—¿Y qué piensa de esta desaparición?

—Ya lo dijo usted hace unos instantes: ella tiene los cascos muy ligeros...

—Entiendo.

—¡Sólo faltaba usted! —exclamó entonces una voz, a mis espaldas. Giré el rostro y vi a Thomas Pearsons, que venía en compañía de la chica pelirroja—. No la encontró, ¿verdad?

—Verdad.

—Seguro que anoche, tras dejar a Sam London, encontró un mejor partido y estará en algún lugar escondido con él, dale que te dale.

Soltó una carcajada.

—Le presento a mi amiga Sharon Springs —agregó—. Tal vez ella ocupe el puesto de Diane Porter si ésta sigue sin aparecer. La obra se ha de estrenar el sábado por la noche, y Sharon se sabe muy

bien el papel, ¿verdad, querida?

La pelirroja asintió con una cabezada. Era una joven escultural, con unos chispeantes ojos verdes y un seno alto y firme.

—No soñéis demasiado deprisa —terció el coreógrafo. Luego me encaró—: ¿Algo más?

—Bueno, sólo quería saber si alguno de ustedes conoce algo que pueda ayudarme a encontrarla. El señor Kehoe me ha ofrecido una prima de mil dólares.

—Pues lo siento... ¿dijo anoche llamarse Farrell?

—En efecto. Tiene buena memoria.

—No sé nada de esa chica, míster Farrell. Nunca me importó.

Lo di por bueno. Entonces me dirigí a Thomas Pearsons:

—¿Y usted?

—Ya lo sabe todo —tomó la palabra la pelirroja—. Es una golfa. En cuanto apareció por aquí, le echó la vista a Tom y quiso arrebatármelo. Pero Tom es fiel, no consiguió nada. Entonces se dedicó a London, que enseguida le hizo caso, como un idiota.

—Ajá. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Pearsons, usted me comentó anoche que ella era, antes, chica de alterne.

—Cierto.

—¿Qué sabe de eso? ¿Dónde trabajaba?

—Sharon se lo oyó contar una vez, ¿verdad, querida?

—Sí —cabeceó nuevamente la pelirroja—. A pesar de ser bastante extrovertida, era muy hermética a la hora de hablar de su pasado. Creo que se avergonzaba de él, no quería que se supiera de dónde procedía. Pero en una ocasión, en los camerinos, se le escapó. Dijo haber trabajado en el Melrose Club, como chica de alterne.

—Gracias. Eso será suficiente.

Me alejé de ellos, pensando que me convenía adentrarme un poco en la vida de la persona que buscaba, conocerla mejor, saber de sus amigos y enemigos, si era posible, desentrañar su pasado.

Kehoe, London y Walters ya habían llegado a un acuerdo: esperarían unas horas. El primero había logrado convencer a los otros.

—No se olvide de mi oferta, Farrell.

—Nunca olvido las cosas de dinero. Por cierto, ¿tendrían alguna foto de la chica? Me vendría muy bien para mis pesquisas.

—¿No se la dio su cliente?

—No.

—Creo que debe haber alguna en los camerinos —dijo el director de la revista.

—Vamos —me dio un golpecito en la espalda Kehoe.

—¿Usted no conoce nada de su pasado? —le pregunté, por el camino.

—¿A qué se refiere?

—Si usted no ahondó en la vida de Diane Porter. Parece ser que antes fue chica de alterne en un club.

—Ah, eso. Sí, algo me comentó, pero sin especificar nada. Ella fue muy clara: no tenía experiencia, carecía de tablas, pero estaba dispuesta a todo para triunfar. Me gustó su forma de ser. Como la vi remisa a contarme su pasado, no insistí. No me interesaba demasiado.

—Ya.

—Suelo interesarme por otras cosas, ¿sabe?

Por un estrecho corredor en penumbra, alcanzamos los camerinos. Paul Kehoe había abierto una puerta y me franqueaba el paso con una sonrisa.

No mostré la menor curiosidad por sus últimas palabras y entré.

—¿Le gusta su profesión? ¿Gana mucho dinero, Farrell?

Las preguntas me las hizo mientras registraba los cajones de un armario.

Solté un gruñido de indiferencia.

—¡Aquí está! —Mostró un sobre del que extrajo varias fotografías, Luego me miró seriamente, cuando yo me aproximaba para coger el retrato—: Podría ofrecerle un empleo. Se le ve un tipo joven, fuerte, con personalidad. Podría estar interesado en usted.

Compuse una mueca al tiempo que tomaba la foto. La chica era rubia, de ojos azules, nariz respingona y boca pequeña, de labios gordezuelos. Tenía mucho atractivo. Más que eso: su «pose» era altamente provocativa. En sus bellos ojos se podría leer como en un libro abierto: mujer ambiciosa, calculadora, dispuesta a todo...

Miré una vez más a Paul Kehoe. Me sonreía de una forma muy singular. Recordé nuevamente las palabras de Thomas Pearsons.

Imposible que esta clase de fulano se hubiera aprovechado de ella. Por tanto, había que creer que solamente la había ayudado porque había visto en ella condiciones... aunque otros aseguraban que ella era bastante torpe. Un capricho de productor. Eso debía ser.

—Ya tendrá noticias mías, Kehoe.

—Puede llamarme Paul —me sonrió más abiertamente—. Le acompaño.

Y para empujarme hacia la puerta, me puso una mano sobre el hombro.

—No hace falta —la esquivé con naturalidad—. Conozco el camino. Adiós, Kehoe.

Le dejé con la boca abierta y la mano en el aire. Iba camino de la salida cuando alguien me llamó con insistencia:

—¡Farrell! ¡Farrell!

Era el coreógrafo.

—¿Qué hay, *Twist*? —le pregunté.

—Recordé algo cuando se fue. No sé si tendrá importancia.

—¿De qué se trata?

—De un hombre. Durante la época que yo le daba clases, observé, en un par de ocasiones, que a ella le esperaba un hombre. No sé si eran conocidos, amigos o algo más. Tampoco conozco su nombre. Nunca le pregunté.

—Al menos, podrá darme su descripción.

—Eso iba a hacer —sonrió.

Y me quedé de piedra al escucharle describir al energúmeno que había intentado asaltar a Lorena Cassidy.

CAPÍTULO V

Salí del teatro con un caos en la cabeza. Todos los datos obtenidos hasta el momento daban vueltas dentro de mí, sin poder ver nada medianamente claro.

No parecía haber razones evidentes para la desaparición de Diane Porter. Sólo la que Thomas Pearsons apuntaba, con su marcado encono a la muchacha: era una golfa y se marchaba con el primero que aparecía. Pero ¿quién podía haber aparecido, entre la una de la madrugada, hora en que dijo haberla dejado London, y las nueve de la mañana, que era cuando debía haber acudido al teatro?

Por otro lado, la cosa se oscurecía más cuando uno pensaba que no era ésa la razón. Otro *flirt* tras el de Sam Londort, a aquellas horas de la madrugada, parecía demasiado. Entonces, ¿por qué había desaparecido?

Y se hacía mucho, muchísimo más negra, cuando incluía en el caso al energúmeno y a Lorena Cassidy. El primero, como posible amigo, conocido o lo que fuera, de Diane Porter. La segunda, con un misterioso interés por la desaparecida. Y ambos, unidos por un encuentro poco amistoso en la Van Nest Place.

Mandé al cuerno mis pensamientos. Era idiota tratar de resolver aquel enigma con lo que tenía. Debía dedicarme al presente, ahondando más en el asunto. Y lo más inmediato era el Melrose Club.

Había oído hablar de él. Se encontraba junto a Battery Park, en la punta sur de Manhattan. Tenía fama de lugar distinguido, con clientela selecta y todas esas mandangas.

Antes, por el camino, decidí hacer un alto en un modesto restaurante de Little Italy, almorzando una succulenta y económica comida italiana.

Con la barriga satisfecha, entré en el club. Era un local bien decorado, espacioso, higiénico, los muebles eran de precio, las chicas también. Había reservados y una música lánguida, que flotaba en el ambiente, invitaba de inmediato al arrumaco.

Enseguida pensé que un *whisky* allí me iba a costar lo mismo que tres almuerzos como el que había despachado minutos antes.

Una de aquellas jóvenes destetadas y despiernadas, de sonrisa fácil, se acercó al momento a mí, muy solícita. Incluso se tomó la libertad de cogerme el brazo, con mucha familiaridad, invitándome a una mesa.

Acepté.

Nos trajeron *whisky*, supongo que el de ella superaguado, y brindamos entre sonrisas. Dijo llamarse Helen.

—En realidad, he venido buscando a una compañera tuya —le dije un poco más tarde, cuando empezó a mostrarse generosa conmigo.

—Oh —se desilusionó.

La acaricié y besé. Eso le hizo cobrar nuevos ánimos. Yo dije:

—Tengo que hablar con ella, ¿sabes? Se trata de un asunto familiar.

—¿Y por qué no te has dirigido a ella directamente?

—Muy sencillo: no la he visto —sonreí.

—¿Quién es?

Me alegré de que comenzara a interesarse por el caso. Le di el nombre:

—Diane Porter.

—Ah, ésa —murmuró, componiendo una mueca que podríamos calificar de asco.

—¿La conoces?

—Ella ya no trabaja aquí.

—¿Ah, no? —Me hice el despistado—. Tenía entendido que sí.

—Se marchó no hace mucho, con ánimo de conquistar el mundo del espectáculo.

—Ajá.

—No sé si lo habrá conseguido.

—¿No has vuelto a saber de ella?

—No.

—Qué lástima. ¡Y con lo necesario que es que la localice!

—Creo... creo que se iba a dedicar al teatro... Bueno, no me hagas mucho caso. No lo sé con seguridad.

—¿No puedes recordar nada más?

—Me parece que aquí, poca información vas a encontrar.

—¿Por qué?

—No sabíamos mucho de ella.

—Pero algo, sí, ¿no? —inquirí, ilusionado. Para animarla, batí palmas y solicité nuevas consumiciones. Supongo que eso repercutiría en sus primas.

—Bueno, vino de Newark, si no recuerdo mal.

—Newark es muy grande.

—No tengo idea del lugar exacto. Era una pueblerina con aires a lo Marilyn Monroe. Incluso le gustaba imitarla. A todos nos miraba por encima del hombro, cuando ella era una más. ¡Idiota!

Nos trajeron las nuevas bebidas. Tomamos unos sorbos. Yo pregunté:

—¿Y qué más?

—Sólo estuvo dos meses.

—¿No hizo amistades?

—Ya te digo que era una antipática perdida. Además, trabajó también en el casino.

—¿Casino? —Arqueeé una ceja.

—En el Good Lucky. ¿No lo conoces?

—Me suena.

—Se encuentra en Greenwich Village. En el cruce de la Hudson Street con la West 10th Street.

—Ya. ¿Y qué tenía que ver ella con el casino?

—Primero has de saber que los dos negocios, este club y el casino, son propiedad de la misma persona.

Bebí otro trago.

—¿Quién?

—Leo Gordon.

—No le conozco.

—Es igual. Ella y otras tenían la orden de servir de ganchos. Es decir, convencer a los clientes de aquí para ir al casino a jugar. Pero debían ser clientes escogidos, de categoría, con pasta larga, pudientes. ¿Entiendes?

—Sí. Perfectamente.

—Hoy lo seguimos haciendo. Es una forma de promocionar el casino y buscar clientes para él.

—Ese Gordon es muy listo.

—Lo es.

—Bien. Así que Diane Porter se encargaba de «convencer» a clientes del club para trasladarse al casino...

—Exacto. Ella tenía mucho poder de convicción, con sus aires provocativos.

—¿Sólo eso sabes?

—Te puedo dar su dirección. Si mal no recuerdo era... —dudó un instante—, sí, vivía en los Flat Apartments de la East 25th Street.

—¿Seguro?

—¿Por qué pones esa cara de incredulidad? —Me pasó una mano acariciadoramente por el rostro.

—Tenía entendido que vivía en Lake Avenue...

—Bueno, puede ser. Tal vez ahora haya prosperado y, por tanto, cambiado de domicilio. Es algo que yo haría, si pudiera. Me gustaría tanto salir del agujero en que vivo...

Hicimos una breve pausa para mojar nuestras gargantas. En los ojos de ella brillaba una pizca de amargura. Yo, por mi parte, no pensaba en lo mal que se porta con algunos esta puñetera vida. Pensaba en el cambiazco de Diane Porter: de un apartamento a un chalet. Eso era prosperar demasiado para no haber hecho aún nada sonado.

¿O sí?

—¿Ninguna de tus compañeras sabrá más? —pregunté.

—Seguro que no. No intimó con nadie. Nos caía gordísima a todas.

—Vaya.

—¿Y por qué tanto interés?

—Ya te he dicho que he de hablar con ella. Y por lo visto, parece haberse hecho humo. No se la encuentra por ningún lado.

—Habría emigrado.

—No. Ahora tenía una gran oportunidad.

—¿Sí?

—Iba a ser la protagonista de una revista en Broadway.

—¡En Broadway nada menos! ¡Qué suerte! ¡Realmente, sí, ha prosperado!

—Tal vez tu jefe pudiera ayudarme...

—No lo creo. De todas formas, ahora no está. Hace un rato salió de aquí, muy agitado.

Chasqueé la lengua, fastidiado.

—No me digas que eres poli.

—Oh, no. En absoluto. ¡Qué ideas tienes, encanto!

—Como haces tantas preguntas, y no me has aclarado mucho acerca de tu personalidad...

—Soy un modesto detective privado.

—¿Como Harry O, el de la tele?

—Sí, pero sin arrastrar una pierna. ¡Oye!

—¿Qué?

Apuré el contenido del vaso cilíndrico.

—¿No recuerdas que ella tuviese algún amiguito, algún conocido, algún hombre que la acompañara o que la esperara a la salida del trabajo?

—No —meneó la cabeza de un lado a otro—. Además, no nos interesaba lo más mínimo su vida particular. Y hablo en plural porque lo hago también en nombre de mis compañeras.

—Está bien. Tendré que seguir buscando por ahí.

—Oh, ¿ya te vas?

—Me temo que sí.

Pedí la cuenta, ante el desencanto de ella. Como despedida, nos dimos un fuerte beso.

—Podíamos haberlo pasado bien... —susurró Helen.

Yo me alejé del club con la idea de dirigirme al Good Lucky. Tal vez en el casino aquel supieran algo más de Diane Porter. Posiblemente, encontrara allí al dueño, al tal Leo Gordon.

Había algo curioso, que no sé por qué me llamó de inmediato la atención. La proximidad que existía del casino a la Van Nest Place, lugar de mi cita nocturna con Lorena Cassidy. Prácticamente, sólo estaban separados ambos sitios por una manzana.

Una coincidencia, me dije, encogiéndome de hombros. Y penetré en el casino.

La chica del guardarropa, una menuda trigueña, se tuvo que conformar con mi sonrisa porque no tenía otra cosa que ofrecerle. La joven consultaba nerviosamente su reloj. Según comentó con un cliente, al parecer conocido, estaba esperando el relevo.

El casino era un local suntuoso, alfombrado, con mucho mármol blanco y adornos de oro y plata. Había mesas para toda clase de juegos. Las voces de los *croupiers* se elevaban por encima de los murmullos generales. Todos los empleados vestían con una elegancia exquisita, también muchos clientes, ellos y ellas, éstas muy enojadas. Tal vez el tipo con más pobre aspecto fuera yo.

Di un par de vueltas por allí, observándolo todo con curiosidad. Cuando decidí dirigirme a caja para cambiar unos dólares, entonces me di cuenta de que no era yo el más miserable de la fiesta.

Había otro. Un viejo conocido mío. Harold Gunn, el hombre que había provocado mi ruina.

CAPÍTULO VI

Seguía siendo el mismo: pequeñajo, esmirriado, con aspecto de no haberse comido una rosca en su vida. Caminaba con la cabeza gacha, siempre mirando al suelo. No parecía tener mucho interés por lo que ocurría en las mesas. Y se dirigía hacia la salida.

Yo le corté el paso.

—¿Qué hace un gusano como tú en un lugar selecto como éste?

Alzó la vista y palideció. Creo que deseó que la tierra se lo tragara.

—Glenn... —balbuceó.

—Hola, maldito mentiroso.

—Glenn, yo... La cosa salió mal... —comenzó a disculparse.

—Eso ya lo sé. Perdí todo mi dinero, ¿no te habías enterado?

—Glenn, no hagamos una escena, por favor te lo ruego —suplicó

—. Me equivoqué.

—Me dijiste que era seguro, que podía jugarme hasta las pestañas.

—Ya sabes cómo son estas cosas...

—No lo sé. ¿Podrías explicármelo tú?

—Mira, Glenn —trató de apaciguarme. Yo le enseñaba los dientes en una mueca feroz—. Comportémonos como personas civilizadas.

—Eres un cochino estafador.

—¡No lo hice adrede! ¿Cómo iba a engañar a un amigo? ¡Tú eres mi amigo!

—Era. Incluso creo que también te deben haber dado la espalda tus muertos. ¿Recuerdas el juramento que me hiciste?

—¡También me engañaron a mí, Glenn! ¡Entiéndelo de una vez!

Poco a poco, conforme hablábamos, nos habíamos ido retirando

a una esquina discreta. La gente iba y venía, con sus caras de alegría o de pena.

—Mira, Glenn —empezó de nuevo, forzando una sonrisa—. Puedo resarcirte, si es que aún tienes un poco de dinero... Supongo que cuando has venido aquí es porque pensabas arriesgarte en los juegos de azar. No lo hagas. Sé de un caballo ganador. «Yellow», en la segunda de mañana tarde.

—Pero ¿tú te crees que yo soy idiota?

—¡No desperdicies esta ocasión! ¡Quiero hacerte rico!

—A otro perro con ese hueso.

—¡Me acabo de enterar ahora! ¡«Yellow» va a ser el ganador! ¡Las apuestas se pagarán cinco a uno, tal vez lleguen a más!

—Para ti, todo.

—Tú te lo pierdes —se encogió de hombros—. Sólo quería demostrarte mi sincera amistad.

Le miré de refilón, entrecerrando los ojos. Me lo pensé mejor y le pregunté:

—¿Cómo lo sabes?

—Mis medios de información.

—Quiero conocerlos. Quiero saberlo todo. Tal vez así me convenza.

—Bueno, pero espero que no lo vayas pregonando por ahí. Hay que ser discreto en estas cosas, la «poli» siempre está al acecho, tú ya sabes...

—Escupe, Harold.

Ahora sonrió con más ánimos. Parecía que se iba a granjear de nuevo mi confianza.

—¿No pensarás que yo estoy aquí para jugar a la ruleta o el *blackjack*?

—Claro que no.

Sus ojillos brillaron.

—Aquí hay montado un tinglado —me susurró.

—¿Un centro de apuestas?

—Ujú.

—Y de ahí sales tú, ¿eh?

—En efecto. Eso sólo lo saben los clientes privilegiados y los corredores de apuestas como yo. Hay una contraseña especial para entrar. Incluso hay revistas, chicas y servicio de bar para pasar el

rato mientras se aguarda a los resultados.

—Vaya sorpresa. ¿Y eso pertenece al dueño de este casino?

—Sí.

—Leo Gordon, ¿no?

Ahora asintió de una cabezada.

—Y así es como te has enterado de lo de mañana.

—Ha habido una filtración.

—La otra vez también la hubo.

—En esta ocasión, no habrá fallo.

—Hum. No me fío.

—Creí que ya confiabas en mí.

—¿Dónde está eso?

—¿El qué?

—No te hagas el idiota. El tinglado.

—¿No pensarás presentarte ahí? No quisiera tener problemas, Glenn.

—Sólo es curiosidad.

—Se entra por los lavabos. El encargado de éstos es también el encargado de facilitar la entrada a los que le dan la contraseña correcta.

—No está mal.

—Te lo digo por última vez, Glenn. Si estás desesperado, no tires tus últimos dólares en estos juegos de azar —les dirigió una mirada despectiva—. «Yellow» será el vencedor, en la segunda de mañana tarde.

—La verdad es que no he venido a jugar, Harold.

—¿Ah, no? —se asombró.

—Estoy trabajando.

—Ya —musitó. Hizo una pausa y luego agregó—: Si puedo ayudarte en algo...

Harold Gunn estaba dispuesto a congraciarse conmigo como fuera. Decidí no desaprovechar esa ocasión, aunque dudaba bastante de que pudiera echarme una mano.

—Ando buscando a una muchacha que hace unos meses frecuentaba este casino.

—Hum.

—¿Tú eres habitual de este lugar?

—Soy habitual de la parte de dentro. Por aquí, sólo camino de

paso.

—Claro. En realidad, la chica ésa trabajaba en el Melrose Club.

—Lo conozco. Es también propiedad de Leo Gordon.

—Eso es. El la utilizaba como gancho para conseguir clientela para el casino. O sea, los clientes del Melrose Club eran convencidos por la muchacha para venir luego aquí, a jugarse los cuartos, ¿entiendes?

—Sí.

—Todo esto me hace pensar ahora que incluso tal vez los convenciera también para hacer apuestas allí dentro. Hablaste de chicas, ¿no?

—Así es.

—Bien. La muchacha de marras se llama Diane Porter. ¿Qué me puedes decir de ella?

Puso cara de circunstancias.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

No me desilusioné porque no había depositado excesivas esperanzas. De todas formas, agoté el último cartucho. Le mostré la fotografía.

Me la quitó de la mano y la miró mejor.

—Y o la conozco —dijo.

Respingué.

—¿Qué me puedes decir de ella? —pregunté, con cierta ansiedad.

—La vi en varias ocasiones, en compañía de William Fast, pero nunca supe su nombre.

—¿Quién es William Fast?

—El hombre de confianza de Leo Gordon, que dirige el tinglado de ahí dentro.

—Oh.

—Un tipo de cuidado, Glenn.

—No me digas que se trata de un hombre de treinta y pico años de edad, corpulento, de mediana estatura, con cara de bestia...

—¡Oye, lo has descrito perfectamente! ¿De qué lo conoces?

—De nada —le mentí a medias—. Ya alguien me habló de él como posible amiguito de Diane Porter. Pero, hasta ahora, no había logrado saber su nombre ni su ocupación.

—Me alegro de haberte podido ayudar en algo. ¿Amigos de

nuevo, Glenn?

Me alargaba su diminuta mano.

—Vas a tener que facilitarme la contraseña, Harold —dije, sin estrechársela.

—¿Por qué? ¿Quieres hablar con él?

—Sí. He de saber dónde puedo hallar a la chica.

—No hace falta que te molestes en entrar allí.

—¿Por qué?

—No está. Hoy no ha venido.

Le miré fijamente.

—¿No me estarás engañando?

—Te doy mi palabra —levantó la diestra, tras haberse quedado con las ganas de que se la tomara.

—¿Y Leo Gordon?

—Tampoco está. Tal vez se encuentre en el club. Cuando no está en un sitio, está en otro.

—En el club tampoco se encontraba.

—Hum. Pues entonces no sé.

—Bien —suspiré, fastidiado—. ¿Qué me puedes contar del tal William Fast?

—No mucho. Se trata de un tipo verdaderamente desagradable, con malos modos. Parece más un matón que otra cosa. Una vez le oí comentar que procedía de Newark...

—Newark, ¿eh?

—Eso he dicho. Desde entonces, tengo muy mal concepto de ese lugar.

—¿Qué más?

—Estuvo trabajando para Alex Marden, un traficante de estupefacientes. Cuando los de la Brigada de Narcóticos le echaron el guante, Fast se salvó por los pelos. Entonces entró en la nómina de Leo Gordon, y fue para arriba. En estos momentos, goza de su entera confianza.

—Ajá. ¿Y de la muchacha? ¿Nada?

—Ya te dije que ni siquiera sabía su nombre. Sólo la vi acompañando a Fast, y me llamó la atención porque esa bestia fuera acompañada de tal beldad.

—¿No sabrías decirme dónde podría encontrar a William Fast?

—Puedo darte su dirección.

—Vale.

Harold Gunn se quedó la mar de contento porque al final 10 acabara partiéndole las narices por la marranada que me labia gastado el otro día. La información facilitada le salvó de la cirugía estética.

Abandoné el gentío, el ruido de las bolitas saltarinas, las voces de los *croupiers*. En el guardarropa, la encargada trigueña ya se hallaba vestida de calle, incluso con el bolso colgado del hombro, con un gesto de fastidio pintado en su rostro.

William Fast vivía en el East Village, en un edificio de los tiempos de la Guerra de Corea, sito en la East 6th Street, entre Third Avenue y Second Avenue. Era un lugar con cierta sordidez, que alcanzaba grados mayores hacia el sur, hacia Bowery y Chinatown.

No había portero ni ascensor. Por el panel de buzones, supe que ocupaba el piso número ocho. Llegué hasta él y pulsé el botón del timbre.

Sonó y sonó, pero nadie abrió, por mucho que aguardé, impaciente.

La que sí se abrió, finalmente, fue la puerta de enfrente. Una mujer rolliza, de pechos opulentos y con un sinfín de rulos en la cabeza, apareció ante mí.

—El señor Fast no está —me informó.

—Vaya contrariedad —repuse—. Tengo que verle urgentemente.

—Parece que hoy está muy solicitado... —comentó.

—¿Por qué dice eso?

—Hace poco estuvieron aquí unos amigos suyos.

—¿Cómo sabe que eran amigos suyos?

—Los he visto en otras ocasiones. Estuvieron llamando insistentemente. Como nadie les abría, uno de ellos empleó el truquito del plástico. No le encontraron porque, al poco, salieron comentando: ¿dónde diablos se habrá metido este maldito?

Era una de esas clásicas cotillas de escalera, que está al tanto de todo cuanto ocurre para luego poder tener tema de conversación. En aquellos instantes, me venía muy bien para recabar información.

Saqué la fotografía de Diane Porter y se la mostré.

—¿La conoce?

—Oh, sí. Hace unos meses solía venir con mucha frecuencia en

compañía del señor Fast. Ultimamente, ya no.

—¿Sabe algo más de ella?

—Creo... creo que se llama Diane, o algo así...

—Ya —guardé la foto—. ¿Y de él qué puede decirme? ¿Sabe dónde podría encontrarle?

—El trabaja, pero nunca fue muy explícito acerca de su labor.

Lo entendí perfectamente.

—De todas formas, vaya a los billares que hay en la Hall Place, aquí a la vuelta de la esquina. Sé que los frecuenta con bastante asiduidad.

—Está bien. Gracias.

—No hay de qué.

Me sonrió y cerró la puerta. Supuse que ahora me estaría vigilando por la mirilla.

Bajé las escaleras, reflexionando sobre todo cuanto sabía. Lo cierto es que iba dando tumbos de un lado a otro, sin encontrar una pista clara, que ofreciera un poco de luz a todo aquel extraño embrollo. Aparentemente, parecía no suceder nada, pero ni Diane Porter ni William Fast daban señales de vida. Ambos procedían de Newark, era evidente que se conocían, les habían visto juntos, habían trabajado para el mismo patrón... ¿En qué follón podían hallarse metidos? ¿Qué relación tenía con ellos Lorena Cassidy?

Sin darme cuenta, llegué a los billares que había mencionado la señora de los rulos en la cabeza. Un hermoso rótulo los anunciaba. Ocupaban un bajo al que se llegaba por unas escalerillas de barrotes oxidados y peldaños desgastados.

No había mucha clientela, por lo que de inmediato, llamé la atención.

Vi rostros huraños, endurecidos, de barbas ralas y miradas inquietantes. El humo del tabaco parecía llenarlo casi todo, trazando extraños arabescos a la luz de las bombillas. Las bolas de las mesas de billar estuvieron quietas durante unos instantes, ofreciéndome su silencio como saludo.

Alcancé el mostrador, un tanto preocupado por el ambiente del lugar y sus tipejos, que no acababan de convencerme, y también un tanto desilusionado, pues, de una rápida mirada, comprobé que William Fast no se encontraba allí.

El barman era un hombre robusto, de rostro sanguíneo y ojos

claros. Le hice la pregunta justo cuando sonó la primera tacada:

—¿Ha visto a William Fast?

No hizo falta que me respondiera. Dos tipos que se hallaban acodados en la barra, abandonaron sus bebidas y se lanzaron sobre mí.

CAPÍTULO VII

Uno me cogió por la camisa, ruda e inesperadamente, mientras el otro trataba de hacerme una presa con uno de mis brazos, como si de un muñeco de trapo se tratara. El primero me miró rabiosamente a los ojos, y su pestilente boca se abrió para rugir:

—¿Qué sabes de William Fast?

No estaba de acuerdo con aquellos modales tan poco ortodoxos. Por lo pronto, no contesté y giré mi cuerpo para evitar que el otro me partiera el brazo.

Tampoco a ellos les gustó mi comportamiento.

El que me hablara me metió su puño en el estómago, y yo creí que me lo sacaba por la espalda. Su compinche me agarró entonces por los pelos y tiró con fiereza. A punto estuve de gritar como un loco.

—¿Qué sabes de William Fast? —me volvió a preguntar el tipo de la mirada furibunda.

No tenía aire y quería encogerme como un gusano transido de dolor, pero el otro lo impedía al tenerme cogido por los cabellos.

—¡Responde! —me exigió el de antes—. ¡No estamos para bromas ni para pérdidas de tiempo!

Decidí confiarles.

—Le... le busco... —balbuceé.

Allí nadie iba a echarme una mano. Debía valerme por mí mismo y, en aquellos momentos, tal como estaban las cosas, muy poco o nada podía hacer. Soltaría la lengua, les interesaría en el tema, entonces...

—¿Por qué?

—Me han contratado para... para buscar a su chica...

—¿Qué chica?

—Diane Porter.

—¿Qué hay con ella?

—Ha desaparecido.

—¿También?

Ahora el asombrado era el matón. Fue cuando le lancé aquel bestial patadón a los testículos. Al mismo tiempo, giré como una peonza.

Incrusté mi puño derecho en la garganta del que me cogía por los pelos, mientras el otro chillaba como un condenado en el infierno, retorciéndose por el suelo. Yo sentí un vivo dolor porque el matón que me agarraba se quedó con algunos cabellos míos, saliendo seguidamente trastabillando hacia atrás.

Me tomé un respiro. Luego, me abalancé sobre el que pretendía dejarme calvo. Había tropezado finalmente con el mostrador y se llevaba la mano al cuello, dolido. Le aticé ahora en pleno rostro, reventándole los labios, y más tarde le castigué el hígado.

Alguien me embistió entonces por detrás. Era el de las pelotas calientes, que ya se había recuperado y volvía con más rabia que nunca.

Tiré mi codo izquierdo hacia atrás, y el matón tuvo la desgracia de ser alcanzado en un ojo. Rugió como una bestia herida mortalmente. Su compinche aprovechó para hacer presa en mi cuello, intentando ahogarme.

—¡Ahora, Hoss!

Hoss era el tipo del ojo parcialmente cerrado. Hizo un supremo esfuerzo por recuperarse, ahora que yo parecía bien agarrado, y vino hacia mí con una sonrisa feroz pintada en su rostro.

Era tal su odio, que le cegó más de lo que estaba. Se olvidó de mis piernas. Las lancé contra él, rápidamente, apoyando mi espalda precisamente en su compinche.

Aquello les sorprendió totalmente. Hoss se encaminó hacia una mesa de billar, gracias a mi impulso, y el otro flojeó su presa, lo que yo aproveché para voltearlo por encima de mi cabeza.

Entonces se abrió la puerta y un hombre entró alocadamente, dirigiéndose hacia el *barman*.

—¡Buck! ¡Buck! —le gritó—. ¡Viene la policía!

Los matones que peleaban conmigo parecieron revivir. El barman chilló:

—¡Largo de aquí!

Los dos fulanos de malos modales no se hicieron repetir la orden. Echaron a correr a duras penas hacia una puerta trasera y por allí desaparecieron.

—¡Y usted también! —me señaló el tal Buck—. ¡Tal vez les busquen, y yo no quiero problemas en mi local! ¡Fuera!

No quería discutir, así que obedecí. No había razón para que la policía me buscara, pero, por otro lado, tampoco quería un encuentro con ella; no podía correr el riesgo de verme involucrado en algún feo asunto.

También desaparecí, pues, tras aquella puerta pintada de verde. Por un momento, temí encontrarme de nuevo con la pareja de gorilas, pero no habían dejado el menor rastro. Habían huido como alma que lleva el diablo. ¿A qué tanto miedo a la policía?

Antes de saltar por la ventana que daba a la calle, decidí quedarme allí, con el oído pegado a la puerta. Sentía curiosidad por la visita de la policía.

—Soy el teniente Markham —escuché un fuerte vozarrón—. ¿Usted es el dueño o el encargado de este antro?

—Soy el dueño —respondió el tal Buck.

—¿Cuál es su nombre?

—Buck

O'Hara

—Irlandés, ¿eh?

—Mi abuelo lo era, sí señor.

—Bien,

O'Hara

, espero que se comporte como un buen ciudadano. Se trata de un serio asunto.

—Usted dirá, teniente.

Andamos interesados por William Fast. Tenemos entendido que era cliente habitual de este local.

—Sí, señor.

—También tenemos entendido, por una vecina del señor Fast, que varios tipos se han interesado hoy por él. Un par de amigos suyos, con aspecto de energúmenos y un tercero joven y apuesto.

Respingué. Ése era yo, según la apreciación de la señora de los

rulos en la cabeza. Vaya sorpresa. La policía SI me buscaba.

—¿Qué sabe de ellos?

—Nada.

—¡No me mienta, O'Hara!

—¡Por favor! —protestó el dueño del local. Me lo imaginé violentado por el policía.

—Sabemos que, al menos el joven apuesto sí ha estado aquí. Ella misma lo envió.

—Oh, sí, estuvo aquí preguntando por William Fast, lo reconozco... ¡pero no sé nada de él! ¡Ni siquiera me dio su nombre! Preguntó por William Fast, le dije que no estaba ni sabía dónde podía estar, me dio las gracias y se marchó con viento fresco.

Aquel tipo, de origen irlandés, lo hacía muy bien. El policía le preguntó:

—¿Y qué me puede contar de William Fast? ¿En qué líos andaba metido?

—Yo qué sé. Sólo venía aquí a tomar unas copas y jugar al billar.

—¡No me mienta, O'Hara! —repitió el poli.

—¡Se lo juro! ¡Pregunte en otro lado!

—¿Nadie sabe nada? —Elevó aún más su potente vozarrón el teniente de policía. Con toda seguridad, se estaba dirigiendo a la clientela.

Un silencio sepulcral fue la respuesta. Todos grandes chicos, con la lección bien aprendida.

—Está bien —aceptó el policía. Noté cierto mal humor en sus palabras.

O'Hara se atrevió a preguntar:

—¿Puedo saber a qué viene todo esto, teniente? ¿A qué debo la visita suya y de sus hombres?

La respuesta me dejó helado:

—Acaban de pescar a William Fast del East River. Alguien le partió el corazón de una cuchillada.

* * *

Esperé a que la policía se marchara. Entonces abrí la puerta verde y entré de nuevo en el local. Los parroquianos no me miraron con buen ojo.

Avancé, indiferente, hacia el mostrador. Buck O'Hara frunció el entrecejo.

—¡Creí que se había marchado! —exclamó.

—Decidí quedarme para saber de qué iba la cosa.

—Muy bien. Pues ya lo sabe. ¡Váyase!

—Aún me falta algo. Por eso no he aprovechado la salida de emergencia, amigo.

—No soy amigo de usted.

—Como quiera, O'Hara.

—Ya sabe mi nombre, ¿eh?

—Estuve escuchando detrás de la puerta.

—¡Pues no sé qué diablos le falta saber! ¡El hombre que usted busca está muerto! ¡Alguien lo acuchilló y luego lo tiró al río!

—Sí. Una pena.

—¿Entonces...?

—Me gustaría saber quiénes eran los dos tipos que se enzarzaron a golpes conmigo.

—Pregúntele a ellos.

—No se haga el gracioso conmigo. No querrá que vuelva la policía, ¿verdad? —Le sonreí.

—¿Sería capaz? —Respingó—. ¿Está loco?

—Puedo dejarle como un mentiroso. Los dos tipos de marras y yo sí estuvimos aquí, incluso nos peleamos...

—Pero eso le costaría a usted...

—Nada. En realidad, nada tengo que ocultar —mostré aplomo—. Soy detective privado y un cliente me ha encargado buscar a una persona desaparecida que parece ser tenía amistad con William Fast. Por eso no creo que me encierren. En cambio, usted tendría problemas. A la policía no le gusta que le engañen. Y usted lo hizo, no por mí, imagino, pues no nos conocemos de nada, sino por ellos y su negocio.

—Míre, «pesquisa» —se humedeció los labios con la lengua. Estaba preocupado—. No se ha equivocado en una cosa: no quiero problemas en mi local.

—Los tendrá si no me dice quiénes eran ellos. Usted los conocía igual que conocía a William Fast. Los tres eran amigos, y supongo que clientes habituales. ¿Me equivoco?

Tardó unos segundos en reconocerlo.

—No.

—Así me gusta. ¿Quiénes eran?

—Hoss Carpenter y Jim Fulton.

—Eso no me dice nada.

—Compañeros de trabajo de Fast. Todos ellos están en la nómina de Leo Gordon. ¿Le conoce?

—He oído hablar de él.

—Eso es todo lo que sé. Ahora, váyase.

—Todavía queda algo más. ¿Qué hacían aquí?

—Pues lo mismo que usted: buscar a Fast.

—¿Porqué?

—Porque había desaparecido sin decir nada.

—¿Nada más?

—No me dieron más explicaciones. Pidieron unas copas y se quedaron aquí un rato, por si acaso aparecía.

—Está bien.

Di por bueno todo aquello, y encaminé mis pasos otra vez hacia la puerta pintada de verde. No quería salir por el lugar habitual, no fuera a ser que la policía estuviera vigilando. Desaparecí sin que ninguno de aquellos rostros huraños se opusiera. Sólo tuve que soportar un escupitajo a larga distancia, en señal de desprecio.

Cuando pisé la calle, la tarde moría miserablemente entre monumentales rascacielos. Yo era un ínfimo gusano, sin derecho a un trocito de cielo, sin horizontes, embalado entre asfalto, cemento y cristal, condenado a escuchar los malditos ruidos del sonajero general de la urbe.

Y por si esto fuera poco, con una empanada mental, de cuya culpa era responsable el embrollado trabajo en el que me había metido. Las ideas seguían siendo oscuras. Pensé que no tenía otra solución que volver al casino o al club y tratar de dar con Leo Gordon como fuera. El podría aclararme algunos puntos; William Fast era empleado suyo y Diane Porter había trabajado para él en una época no muy lejana. No se me ocurría a quién más podía recurrir.

Como me pillaba más cerca el casino, por allí pasé en primer lugar. Y me llevé una gran sorpresa al cruzar el vestíbulo. En el guardarropa ya no se encontraba la trigueña nerviosa. Había otra mujer, a la que yo conocía bastante bien.

Era mi cliente. Lorena Cassidy.

CAPÍTULO VIII

Me acerqué a ella con una sonrisa.

—Hola —dije.

Dio un bote que asustó al matrimonio al que estaba atendiendo. La piel de la señora a punto estuvo de caer al suelo. El marido la miró con cierta recriminación.

—Ustedes perdonen —se disculpó.

Yo aguanté la risa. El matrimonio se alejó y entonces me apoyé con un brazo en el mostrador.

—Está usted encantadora.

—¿Qué hace aquí? —se alarmó, mirando a todos lados, con un poco de miedo.

—Muy guapa, sí señor —no le hice caso—. Ese uniforme le sienta requetebién.

—¿Cómo se le ha ocurrido venir aquí? —siguió preguntando—. ¿Cómo ha dado conmigo?

—Una casualidad —le contesté—. Su asunto se ha puesto tan difícil y peligroso, con un asesinato por medio, que decidí de pronto venir aquí a jugarle sus mil dólares al trece. No soy supersticioso, y tengo la corazonada de que acertaré, me haré rico y no tendré ya nunca más que aguantar clientes misteriosos.

—Pe-pero ¿qué... qué dice...? —tartajeó como una tontita—. ¿A... asesinato...?

—Eso he dicho. Y además, he tenido que soportar unos cuantos golpes. ¿No se notan?

—Yo...

—Por favor, señorita.

Un hombre alto, de facciones angulosas, se había acercado con su *ticket*. Lorena Cassidy se apresuró a entregarle su gabardina.

—¿Quién... quién ha muerto? —me preguntó, cuando el hombre alto se alejó—. ¿Diane Porter?

—No. William Fast.

—¿El?

—No me diga que no lo conoce. Trabajaba, como usted, para Leo Gordon. Fue quien asaltó su coche la noche pasada. Era amigo de Diane Porter.

—Te... tenemos que hablar. Aquí, ahora, no puede ser. Acabo a las...

—A las doce, ¿verdad? —Sonreí—. Por eso me citó a esa hora en la Van Nest Place, que no queda muy lejos de aquí.

—Allí nos veremos de nuevo, ¿le parece?

—Aún queda mucho tiempo.

—No puedo moverme.

—Está bien —acepté. La señalé con un dedo—. Pero me dirá la verdad. Toda la verdad.

—Sí.

—Eso espero. Mientras tanto, intentaré saber algo más. ¿Está su jefe?

—Creo que sí. Pregúntele al encargado. Viste un *smoking* blanco, es moreno, de ojos oscuros, muy atractivo. Siempre está dando vueltas por el local.

—Gracias. Hasta luego.

Caminé hacia el interior. Había ahora mucha mayor animación, casi producía agobio moverse por allí. Desde luego, Leo Gordon debía estar forrado con sus negocios, los legales y los ilegales.

En muchas ocasiones tuve que emplear los codos para abrirme paso. Con la mirada, busqué al tipo que me había descrito mi cliente. Por el momento, no le vi.

Sin embargo, a quien sí vi, fue a la rubia platino.

La recordé enseguida. Era la chica de piel lechosa y piernas de ensueño que yo había visto la noche anterior en los ensayos del Cedar Theatre. La joven bailarina que había insultado al director de la revista, por haberle llamado éste la atención. Joseph Walters, ni corto ni perezoso, la puso de inmediato de patitas en la calle.

¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Shaw. Señorita Shaw, ése era el nombre que le había dado el director de la obra.

Llamaba la atención allí, en una de las mesas de la ruleta, tanto

por su belleza como por la montaña de fichas que se habían acumulado frente a ella.

La expectación reinante en aquella mesa era enorme. El *croupier* sudaba. La chica parecía tener un sexto sentido y acertaba cada dos por tres.

Me acerqué como un curioso más. La chica ni siquiera se fijó en mí. Aunque lo hubiera hecho, no creo que me hubiese reconocido. Su manera de actuar me resultó hartó sospechosa: esperaba al último momento, y entonces hacía su apuesta. Nada más ella depositaba las fichas, el *croupier* gritaba rápidamente:

—¡No va más!

Y ella ganaba.

Fruncí el ceño, pensando qué significado podía tener aquello. ¿Estaría de acuerdo el *croupier* con ella? No me lo parecía. Le echaba cada mirada... como si quisiera desintegrarla. ¿Entonces?

Me encogí de hombros. Una chica afortunada. Sólo eso. Había perdido el empleo y, desesperada, se había decidido a jugarse sus últimos cuartos a la ruleta. ¿Por qué no? ¿Acaso yo no había hecho otro tanto parecido, pero con los caballos? Claro que ella tenía la suerte de cara...

Giré un poco el cuerpo para intentar salir de aquella masa que me rodeaba, toda ella interesada por las ganancias de la rubia platino de piel lechosa y piernas de ensueño, y entonces me di de cara con el hombre atractivo del *smoking* blanco.

—Precisamente le buscaba, amigo —le dije con una amigable sonrisa.

—Yo también —repuso él, sin sonrisa y clavándome el cañón de una pistola en la barriga.

* * *

Así son las cosas en esta vida, hermano. Andas buscando a una persona y resulta que ésta también te anda buscando, y además con unas ideas muy poco amistosas.

Era tanta la gente a nuestro alrededor, que no llamó la atención aquella pequeña pistola que empuñaba y que prácticamente quedaba oculta entre su cuerpo y el mío.

—No sea idiota y déjese llevar —me dijo.

Entonces noté como dos tipos se colocaban junto a mí, uno a

cada lado. Miré a uno y a otro. Los reconocí. Carpenter y Fulton.

—Eche a andar, tipo listo.

Obedecí al hombre del *smoking* blanco. Y los cuatro nos dirigimos hacia el vestíbulo. Formábamos un grupo muy curioso, muy compacto, muy militar. El encargado del casino iba detrás de mí, con la mano armada oculta en el bolsillo. Una tontería por mi parte, y me freía.

Pasamos por delante del guardarropa. No había en ese instante ningún cliente en el mostrador, como pude observar, al mirar de reojo. Lorena Cassidy nos vio perfectamente y, sólo con que fuera medianamente lista, imaginaría que las cosas no marchaban bien.

En un principio, pensé que íbamos a subir por las escalinatas alfombradas que conducían al piso superior, pero no fue así. Los dos gorilas me condujeron hasta una puerta enrejada, que abrieron para franquearme el paso. Sólo había unas escaleras de caracol, que bajamos, los tres atentos siempre a mis movimientos.

Alcanzamos un sótano húmedo, frío, sin mucha luz, sólo la que proporcionaba una bombilla que colgaba de un hilo del techo. Abundaban los barriles, las cajas con botellas de licor y las telarañas. Adosado a una pared había un anaquel repleto de objetos varios.

También había un hombre. Era alto, espigado, con aire deportivo. Frisaría los treinta y cinco años de edad, peinaba sus abundantes pelos castaños hacia atrás, y sus ojos, de un extraño color violeta, miraban de una forma profunda, casi taladrante.

—¿Leo Gordon? —me atreví a preguntar.

El tipo lanzó su diestra contra mi rostro, estallando dolorosamente en una mejilla.

—Señor Gordon para ti, estúpido.

Intenté rebelarme, pero los gorilas me sujetaron bien. El del *smoking* blanco sacó un cordel de no sé dónde y procedió a atarme las manos a la espalda. Luego me empujaron hacia una solitaria banqueta e hizo otro tanto con mis pies. Quedé totalmente inmobilizado.

Leo Gordon se aproximó a mí. Se le notaba nervioso, excitado, enfadado, y mucho me temía que yo iba a pagar los platos rotos.

—¿Qué pintas tú en todo este asunto, payaso? —me preguntó, al mismo tiempo que le hacía una seña al del *smoking* blanco

indicándole que ya se podía retirar. Incluso agrego—: A lo tuyo, Kanin.

El fulano se largó.

—¡Contesta! —Me dio otro guantazo Leo Gordon.

Uno de los matones, Hoss Carpenter, el del ojo fastidiado, al proseguir yo con mi silencio, me metió mano rabiosamente, hasta dar con mi cartera.

—¡Es un detective privado, jefe! —exclamó, nada más encontrar mi licencia.

—Así que un hurón, ¿eh? —rezongó.

—Me llamo Glenn Farrell —me decidí a hablar.

El otro matón, Jim Fulton, me cogió por los cabellos, como era su costumbre, y tiró con fuerza. Consiguí que los ojos me lagrimearan.

—¡El jefe quiere saber más!

—Yo... yo también... —dije, soportando todavía el dolor.

—No te hagas el gracioso —me puso una manaza en el rostro Leo Gordon—. No estamos para bromas. ¿Te gustaría que te sacara un ojo?

—Así... así dejaría de ver su... su faz de criminal...

—¡Maldito!

Se lo tomó por la tremenda. Durante un largo minuto, estuvo abofeteándome sin parar, mientras su sicario Fulton me aguantaba la cabeza. Fue un favor que me hizo porque si no, casi seguro que hubiera salido rebotada por el suelo. Acabé no sabiendo dónde estaba, quiénes eran los que tenía frente a mí, ni qué hacía allí. Mi cabeza era un gigantesco tambor, sonando insistentemente.

Me dieron un respiro, los muy considerados. Luego, Leo Gordon volvió a la carga.

—¿Por qué buscabas a William Fast?

Le miré un poco turbiamente.

—Me debía dinero —contesté.

Leo Gordon saltó, enfurecido:

—¿Es que quieres que te destrocemos?

—Déjemelo a mí, jefe —se adelantó Hoss Carpenter, sonriendo perversamente—. El y yo tenemos una cuenta pendiente. ¿Verdad que sí, monín?

Así diciendo, colocó uno de sus pies sobre mis genitales. Hizo

una ligera presión.

—Si no hablas —dijo el matón roncamente—, juro que hago tortilla.

Leí en su homicida mirada que estaba dispuesto a ello, empujado por el odio que sentía hacia mí. Pensé rápidamente, todo lo que mi mente podía dar de sí, en aquellos momentos.

—Por favor —dije.

—¿Qué? —preguntó el jefe.

—Estoy dispuesto a hablar.

A pesar de estas palabras, el matón no retiró su pie de encima de mí.

—Muy bien. Habla.

—Con una condición.

—¡Aquí no hay condición que valga! —exclamó vehementemente Hoss Carpenter.

—Entonces, todo me da igual.

—Escuchemos esa condición —se interesó Leo Gordon.

—Información por información.

—¿Cómo?

—Usted habla, yo hablo.

Leo Gordon no dijo nada de momento. Estuvo reflexionando unos instantes. Al final, esbozó una sonrisa enigmática y respondió:

—De acuerdo. Me parece justo.

No me gustó aquella sonrisa. Me imaginé lo que había pensado. El me daría su información, pero yo continuaría en sus manos. De nada me valdría.

Pero era una forma de ganar tiempo.

—Usted habla primero.

—No. Usted primero, Farrell.

—Entonces, no hay trato.

—Está bien —aceptó nuevamente—. ¿Qué desea saber, maldito hurón?

—¿Cómo supo que yo estaba aquí, en el casino?

—Tengo un hermoso despacho en el piso superior. Desde una de sus ventanas, puedo vigilar, sin ser visto, todo cuanto ocurre en el local. Los muchachos estaban informándome de lo sucedido en los billares de

O'Hara

, cuando le vieron desde arriba. Entonces di las órdenes pertinentes.

—Ajá. ¿Y qué ocurre con William Fast?

—El es el encargado de otro de mis negocios. Al final de la jornada tiene obligación de hacer arqueo y llevarse el dinero para ingresarlo, por la mañana, en el banco. Pues bien: esta vez no lo hizo. Desapareció sin decir nada con cien mil dólares encima. ¡Y yo quiero mi dinero!

CAPÍTULO IX

No me dijo cuál era su otro negocio, pero no hacía la menor falta. El tinglado de apuestas. Para reírme un poco de él, le pregunté:

—¿Y por qué no va a la policía?

—Prefiero resolverlo personalmente.

—Ya.

La razón era otra muy distinta: se trataba de dinero sucio. Sólo eso.

—Ahora te toca a ti, palomo —hizo presión, con su cochino pie, Hoss Carpenter.

—¿Por qué buscaba a William Fast? —preguntó Leo Gordon—. ¿Qué sabe de él?

—La verdad es que apenas sé de él —comencé mi historia—. Ni siquiera le conocía.

—Aún no ha dicho nada —insistió con su extremidad el matón.

—Un cliente me encargó buscar a Diane Porter. ¿Sabe de quién hablo, Gordon?

—Señor Gordon —me arreó un guantazo.

—Bien —abrí y cerré los ojos—. ¿Sabe de quién hablo?

—Sí —asintió—. Trabajó para mí durante un tiempo. ¿Qué más?

—Al parecer, la chica ha desaparecido. Comencé a investigar, pregunté aquí y allá, finalmente logré enterarme de que un tal William Fast había sido y tal vez era aún amiguito suyo. Decidí ir a casa de él. No había nadie allí. Una vecina me envió a los billares.

—¿Eso es todo?

—No hay más —sonreí ingenuamente.

—Sí hay más.

Puse cara de interrogante.

—¿Quién es su cliente?

—Oh, eso —me pasé la lengua por los labios. Ya lo tenía preparado—. No se lo he dicho porque no lo sé. Es un cliente anónimo. Me envió un sobre con las instrucciones y mil dólares. Dijo que ya entraría nuevamente en contacto conmigo. Hasta el momento presente, no he vuelto a saber de él.

—Es usted un tipo muy honrado —me miró con ojo crítico, como queriendo adivinar si le había dicho la verdad—. Le envía mil dólares un desconocido, y usted se pone a trabajar como un buen chico.

—Hay que velar por el buen nombre de la empresa. Si a los clientes que prefieren contratarme sin dar la cara no les hiciera caso y me quedara con su dinero, enseguida correría la voz... y a lo mejor tendría que venir aquí a pedirle un empleo de pisador de huevos.

Hoss Carpenter dejó oír su voz ansiosa:

—¿Le doy, jefe?

—Espera —alzó una mano—. Así que Diane Porter ha desaparecido, ¿eh?

—Sí —cabeceé—. Por cierto. ¿William Fast y ella eran amantes?

—No —lo desechó de inmediato—. Eran amigos, se conocían de la infancia. Ambos procedían del mismo sitio: Newark. Cuando ella vino aquí, a New York, recurrió a él para encontrar trabajo. William me la presentó, y yo le di la oportunidad. Empezó como chica de alterne en mi club...

—Ajá.

—¿Por qué lo ha preguntado?

—Pensaba que tal vez estuvieran de acuerdo. Posiblemente, ella haya sido la causante de la muerte de William Fast... y el robo del dinero. Un buen golpe. A lo mejor, ya se encuentra en Canadá, por ejemplo.

—No creo —dio media vuelta, dejándome un tanto intrigado—. Vamos —le dijo seguidamente a sus hombres—. Éste permanecerá aquí hasta que se resuelva todo.

Hoss Carpenter compuso una mueca de desencanto, pero no pudo resistir la tentación. Me lanzó el patadón que tanto deseaba.

Yo, que estaba a la expectativa, pues no me fiaba ni pizca de él, tuve la habilidad y picardía de tirar la banqueta hacia atrás, al mismo tiempo, con lo que evité que el golpe me diera de lleno y me

dejara baldado para toda la vida.

La banqueta y yo caímos aparatosamente. Fingí que me moría de dolor. Hoss Carpenter rió a carcajada limpia, secundado por su compinche, y al poco los dos fueron tras los pasos del jefe.

Me quedé solo, tirado de mala manera en el suelo, con un ligero malestar en mis partes. Tenía todo el tiempo del mundo para pensar en el asunto, también para tratar de encontrar alguna solución de escape.

Ahora se había hecho un poco de luz en el caso. La sugerencia que le había apuntado a Leo Gordon era posible. Tal vez Diane Porter y William Fast estaban de acuerdo para largarse con la recaudación de una noche y, a última hora, ella había decidido quedárselo todo. Perfecto. Pero ¿dónde entraba Lorena Cassidy? Trabajaba para Leo Gordon, estaba interesada por Diane Porter y, a su vez, William Fast había estado interesado por ella.

Otra cosa. ¿Por qué un tipo que pensaba jugársela a su jefe, esa misma noche, con cien mil dólares encima, arriesgó el pellejo asaltando el coche de mi cliente, cuando lo que debía estar haciendo era poner millas y más millas entre Leo Gordon y él?

Y otra cosa más. ¿Por qué una mujer ambiciosa como Diane Porter, más en el plano artístico que en el económico, según mi modesto entender, que quería triunfar en el teatro, que había conseguido ya la oportunidad de su vida, ser la protagonista de una revista, de pronto lo tiraba todo por la borda? ¿Eran cien mil dólares suficientes razones para no saltar a las primeras planas de las revistas y de los periódicos, para no hablar delante de unos micrófonos o no salir en la pequeña pantalla, para perder la vanidad de ser la mujer deseada por todos los hombres del continente? Tendría cien mil dólares, sí, pero tendría que permanecer oculta, anónima siempre. Los gangsters perdonan menos que la policía. Y si un día daban con ella...

Así transcurrieron los minutos y las horas, dándole vueltas, una y otra vez, al amasijo de ideas que llenaban mi mente. También empleé tiempo en buscar una forma de huir, pero las posibilidades eran prácticamente nulas. Lo más que podía era arrastrarme por el suelo como un gusano y, desgraciadamente, no tenía a mano, por allí, nada de lo que suelen tener a mano los chicos de las películas cuando se encuentran en tales apuros: un perdido estilete, un trozo

de vidrio, una astilla bien cortante...

A quien sí tenía, y eso no me lo he sacado de la manga, era a mi cliente. Ella fue quien apareció por allí, muy sigilosamente, cuando ya casi me había conformado con mi suerte y me disponía a echar un sueñecito.

—¡Usted!

—Chist.

Se acercó a mí y procedió a desatarme en un santiamén, como si ése fuera el oficio de toda su vida.

—Ahí hay un ventanuco —me explicó—. Intente saltar por él. Da al aparcamiento subterráneo. Nos veremos dentro de cinco minutos, en la Van Nest Place, como la otra vez, ¿sí?

No me dio tiempo a responder. Giró sobre sus talones y desapareció por la escalera. Vino y se fue como un ángel, dejando una estela de delicioso perfume.

Me dirigí hacia el ventanuco señalado. Iba a costarme lo suyo colarme por aquel pequeño agujero, pero no había otra salida.

Apilé varias de las cajas que por allí había, me subí a ellas y así alcancé el hueco. Asomé la cabeza y no vi a nadie. Todo aparecía en silencio.

Introduje medio cuerpo y comencé el ejercicio con enorme dificultad. Estaba ya consiguiéndolo cuando un coche pasó a toda velocidad y me dejó sin aliento. Pensé rápidamente que, a menos que hubiera ascensor, el conductor de aquel auto pasaría dentro de muy poco por allí, camino de la salida, nada más aparcara abajo.

Me esforcé al máximo, rasgando mis ropas. Finalmente caí de bruces, pero eso sí, con las manos por delante. A punto estuve de romperme las muñecas.

Corrí hacia arriba. En la garita de entrada había un hombre uniformado y medio adormilado. Tomé aire y luego aceleré mis piernas. El tipo se dio cuenta de mi presencia cuando ya saltaba por encima de la barrera. Chilló algunas cosas, tras salir de su cubil, yo no le hice caso y me perdí en la noche.

Llegué a la Van Nest Place casi sin aliento. No vi por ningún lado el Ford Capri de mi clienta. Eso me hizo sentirme aún peor de como me encontraba. ¿Le habría pasado algo? ¿Habría tenido dificultades? ¿Y si... y si la habían pillado aquellos malditos criminales?

Me sorprendí por aquella inquietud. ¿Tanto me importaba la muchacha? Por su culpa, estaba metido en aquel condenado embrollo, aunque también, gracias a ella, había logrado salvar el pellejo lo más entero posible.

No tuve tiempo de investigar más dentro de mí. De repente, hizo acto de presencia el auto plateado. Ella venía al volante.

—Vamos, suba —me abrió la portezuela, tras aparcar junto a la acera.

Subí.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Todo bien —asintió, ya arrancando—. ¿Y usted?

—También.

—Me alegro.

Nos miramos y sonreímos.

Enseguida observé que no nos dirigíamos a mi casa. Salimos a la Greenwich Avenue y, en vez de ir hacia el norte, tomamos seguidamente la East 8th Street, tras haber cubierto el pequeño tramo de la West.

—Me temo que las cosas han ido demasiado lejos, ¿no le parece? —comenté.

—Sí —convino—. Creo que le debo una copa y una explicación.

—Gracias.

Cuando llegamos a la Astor Place, enfiló el coche por la Third Avenue hacia arriba, hacia el distrito de Gramercy. Resultó que ella vivía en un edificio de apartamentos alquilados situado tras el Stuyvesant Square, en la East 17th Street.

Dejamos el coche y subimos a su apartamento. Era un lugar gracioso y confortable, muy distinto del mío. Allí se notaba claramente la mano de una mujer.

—Tiene algo hinchado el rostro. ¿Quiere que le cure?

No hace falta. Ya se pasará.

—Y el traje roto.

—Me lo cambiaré cuando vaya a casa.

—Siento todo lo que le ha sucedido, míster Farrell.

—Llámeme Glenn —tomé asiento sin que ella me lo ofreciese. Estaba realmente cansado—. Olvidemos los tratamientos y vayamos al grano.

—¿Un *whisky*?

—Sí, gracias.

Abrió un pequeño mueble bar y escanció en dos vasos cilíndricos. Me ofreció uno y luego tomó asiento junto a mí, casi rozándome. Bebí, pero únicamente me emborraché con su olor a jazmín.

—No creí que fueran a suceder todas estas cosas tan desagradables, Glenn —empezó a confesarme—. Me había trazado un plan y quería resolverlo personalmente, con una pequeña ayuda por tu parte, pero sin tener que darte explicaciones. Pero quién iba a imaginar que todo se fuera a complicar de esta forma.

—¿Y cuál es el asunto?

—Mi hermano Louis.

—¿Qué pasa con él?

—Murió. La versión oficial de la policía dijo que se había suicidado al arruinarse jugando a la ruleta en el Good Lucky.

CAPÍTULO X

—No soy de New York, sino de Jersey City —siguió diciendo más tarde—. Mi verdadero nombre es Eileen Burton... Un día, mi hermano Louis decidió venir aquí, a New York, a Broadway. El soñaba con ser un gran actor de teatro. Ya había hecho sus pinitos en Jersey City, en algunos grupos escolares. Era joven y apuesto, también inteligente; podía haber sido un prestigioso galán. No lo digo como hermana apasionada; tenía madera. Y de pronto, inesperadamente, me llegó la fatal noticia, se había suicidado, de un tiro en la sien, tras haberse arruinado en las mesas del Good Lucky. Hablé con la policía para interesarme más por el caso. Me dijeron que no había vuelta de hoja. Todo el mundo le había visto perder y perder, hasta el último centavo, empleados y clientes. Luego le encontraron en el servicio, con la cabeza volada de un tiro y el revólver que había usado en el suelo. Sin testigos.

Hizo una pausa. Me fijé en ella. Sus bellos ojos estaban húmedos.

—No me lo creí —continuó al rato—. No, mi hermano no podía ser un suicida. Fue por ello que tomé la decisión de trasladarme aquí, a New York, e intentar conseguir empleo en el casino Good Lucky. Finalmente, conseguí ese puesto en el guardarropa. Mi única pista era el casino. Ya estaba allí, ahora tenía que comenzar a hacer preguntas, lo más disimuladamente posible para no llamar la atención. Por fin supe, gracias a uno de los *croupiers*, con el que entablé buena amistad, que esa noche parecía ir acompañado por una tal Diane Porter, una chica asidua al casino un tiempo atrás, pero que «precisamente» a raíz de ese suceso, ya no volvió. Había oído comentar a Kanin, el encargado, que iba a dedicarse al teatro. Para localizarla rápidamente, pensé en contratar a un detective

privado, alguien que conociera la ciudad y sus lugares de reunión, que pudiera dedicarse día y noche al trabajo. Y te escogí a ti.

De nuevo se detuvo. El vaso temblaba ligeramente en su diestra.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Más o menos.

—Hay una cosa altamente curiosa y sospechosa —observé bebiendo luego un trago.

—¿Cuál?

—¿Estás segura de que Diane Porter dejó de aparecer por el casino tras lo sucedido a tu hermano?

—Sí. Eso me dijeron.

—Hum.

—¿Qué piensas?

—Yo logré averiguar que ella trabajaba como chica de alterne en el Melrose Club. Una de sus funciones era llevar clientes al casino. Supongo que tu hermano era uno de ellos. Ahora bien: ¿por qué el brusco cambio, a raíz de ese suceso trágico?

—Yo pensé que ella podía saber algo. Fue eso lo que me llamó la atención. Por eso quiero hablar con ella.

—Pero, oportunamente, desapareció.

—Sí. Más extraño aún.

—E hizo acto de presencia el tal William Fast. ¿Le conocías?

—Te mentí —reconoció ahora—. Sí le conocía, pero sólo de vista. Le había visto pasar por delante de mí, en varias ocasiones, alguna vez en compañía de Leo Gordon, el dueño. ¿Quién era, exactamente?

—El encargado de un tinglado de apuestas clandestinas que tiene montado Leo Gordon, a espaldas del casino.

—Vaya.

—¿No lo sabías?

—No. Y también te mentí en otra cosa.

—¿Cuál? —Fruncí el entrecejo.

—Sí que llegó a dirigirme unas palabras aquella noche, cuando entró en mi coche.

—Dímelas.

—¿Qué quieres de Diane? Sólo eso. No le diste tiempo a más.

—Eso demuestra que no fuiste muy cuidadosa en tus pesquisas. Al menos, llamaste su atención. Por eso te salió al paso.

—¿Por orden de Leo Gordon?

—No creo. Entonces no te hubieran dejado tranquila sus guardaespaldas. Más bien pienso que fue una cosa personal. William Fast y Diane Porter eran amigos de la infancia, él fue quien le proporcionó su primer empleo, presentándosela a Leo Gordon.

—Ah.

—Pero también hay algo más, que todavía no sabes. Esa noche William Fast desapareció con la recaudación del tinglado de apuestas: cien mil dólares. Ésa es la razón por la que Leo Gordon ha perdido los estribos.

—Tú me dijiste que había sido asesinado.

—Sí, pero el dinero no ha aparecido. Alguien lo tiene. La persona que lo mató, supongo.

—¿Diane Porter?

—Es una probabilidad, sí. Pero no lo veo muy claro. Hay cosas confusas.

—De todas formas, eso no tiene nada que ver con lo de mi hermano.

—Tal vez.

—A mí sólo me interesa aclarar este asunto. Y para ello, es imprescindible dar con Diane Porter. ¡Ella tiene que saber la verdad!

Apuré el vaso, pensativo.

—¿Y por qué no investigaste en el mundo del espectáculo? —pregunté luego—. Ahí es donde giraría normalmente la vida de tu hermano. Posiblemente, alguien supiera algo.

—Ahí es donde principalmente ahondó la policía, no obtuvo nada. Louis acababa de llegar a New York. En sus cartas, apenas me habló de sus contactos. Sólo de su amistad con una chica, meritoria como él, llamada Marilyn. La policía dio con ella, pero la pobre muchacha, según me contó el teniente, estaba tremendamente deprimida, no pudo decir nada, porque la noticia le cogió inesperadamente. No entendía por qué Louis había jugado y más tarde, suicidado. La única razón que encontraron fue desesperanza por hallar trabajo, una locura eventual, que le llevó a jugarse los ahorros, y al perderlo todo, pues...

Eileen sufrió un nudo en la garganta y no pudo continuar, por el momento. Más tarde sí, y dijo:

—Además, ¿qué tiene que ver el mundo del espectáculo con el juego y el suicidio?

—Tal vez entonces no vieras la relación, pero ahora sí que la tiene.

—No te entiendo.

—Diane Porter, a raíz del suicidio, abandonó su trabajo de chica de alterne y se introdujo en el mundo del espectáculo. Creo que sería interesante volver a la carga en el Cedar Theatre. Ahora recuerdo algo que me llamó la atención, esta tarde en el casino...

—¿Qué?

Le expliqué, con cierto detalle, el caso de la rubia platino de piel lechosa y piernas de ensueño.

—Sí. Lo oí comentar. Parece ser que se llevó muchos miles de dólares.

—Así pues, parece estar todo muy relacionado: juego y teatro. Fíjate: tu hermano, Diane Porter, esa tal señorita Shaw... Unas coincidencias muy sospechosas.

—¿En qué piensas exactamente?

—No tengo certeza de nada. Faltan datos. Mañana visitaremos el Cedar Theatre.

Dejé el vaso sobre la mesita ratona. Luego, tomé el de ella e hice lo mismo.

—Ahora... —La miré fijamente.

No hizo falta que dijera más. Una boca fue en busca de la otra. Chocaron nuestros labios, nuestras lenguas, nuestros cuerpos, con un frenesí insospechado. Nos dejamos llevar por él, dejando atrás un mundo lleno de enigmas, incongruencias y agobios.

Durante unas horas, vivimos completamente al margen de cuanto nos rodeaba. Fuimos felices.

* * *

Hicimos lo que yo había planeado la noche anterior. Presentarnos, de buena mañana, una vez duchados y desayunados, en el Cedar Theatre.

Seguía reinando el mismo alboroto del día anterior, con la diferencia de que Joseph Walters chillaba aún más. Robert *Twist*, el coreógrafo, en cambio, parecía más calmado, tomándose las cosas con más filosofía. No vi por ningún lado a Sam London ni a Paul

Kehoe.

Fue Robert *Twist* quien primero se acercó a mí.

—Hola, amigo. ¿Encontró algo?

—No —apreté los labios, como si estuviera disgustado.

—Pues esto está cada vez peor. Menos mal que —consultó su reloj de pulsera— dentro de un rato lo vamos a dejar. La gente está muy nerviosa.

—Ya lo observo. ¿La chica no ha dado señales de vida?

—Nada de nada.

Joseph Walters nos vio y bajó del escenario. Era un manojo de nervios.

—¡Bob, hazte cargo!

El coreógrafo se retiró.

—¿Qué? ¿Dio con ella?

—Estaba informando al señor *Twist* de que mi labor, hasta el momento, ha resultado infructuosa.

—¡Esto no puede continuar así! —Colocó los brazos en jarras—. ¡Hay que tomar graves decisiones! ¡Y ese Kehoe sin aparecer, maldita sea!

—¿Qué decisiones?

—Una: sustituir a Diane Porter por Sharon Springs, si es que quiere que estrenemos la obra. Otra: llamar a la policía y dar cuenta de su desaparición.

—Sí, claro. Por cierto, señor Walters, hay una cosa que quería preguntarle.

—Dígame.

—Es sobre la rubia platino que usted despidió la otra noche.

—Sí, la recuerdo. Una insolente. Demasiado orgullo para ser una principiante.

—¿Podría facilitarme sus datos?

—¿Por qué?

—Quiero hablar con ella.

—Hum.

—No se inquiete. Por favor...

—Está bien. Vive en una pensión para actrices, *Lady's House* se llama, en la Horatio Street, al norte de Greenwich Village. Solemos ir por allí, en algunas ocasiones, cuando necesitamos chicas de relleno, ya me entiende.

—Pero ¿cuál es su nombre?

—Shaw. Marilyn Shaw.

Una mano de Eileen, que se encontraba junto a mí, se cerró con fuerza sobre mi brazo.

CAPÍTULO XI

Lady's House era propiedad de una señora madura, de aspecto sencillo y modélicos comportamientos. Nos atendió al momento, con simpatía.

—Oh, lo siento —dijo en cuanto le informé de lo que quería—. Marilyn se despidió anteayer.

—¿Cómo fue eso? —pregunté, maldiciendo *in mente* nuestra mala suerte.

—Me contó que había aceptado la oferta de un representante para trasladarse a Boston.

—Ajá —dije, por no decir mentiras.

—¿Qué tal chica es? —terció en la conversación Eileen, interesada por la que había sido amiga de su hermano.

—Una gran muchacha. Antes, era todavía más alegre y vivaracha.

—¿Por qué dice antes? —pregunté yo.

—Ultimamente se la veía muy reconcentrada, a veces de mal humor. Yo diría que amargada.

—¿No sabe por qué?

—No.

—¿Algún amor frustrado?

—No sé. Yo no permito aquí visitas masculinas. No tengo idea de su vida particular.

—Entiendo. Gracias.

Salimos de la acogedora salita, acompañados de la propietaria de la pensión. Desde la puerta, nos dedicó una sonrisa de despedida.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Eileen, una vez estuvimos montados en su coche. (Por cierto, durante la hermosa velada nocturna que habíamos pasado, me confesó que trabajaba como

relaciones públicas de los concesionarios de la Ford en Jersey City).

Me quedé pensativo un instante.

—No queda más remedio que coger el toro por los cuernos — dije al fin—. Hay que presentarse nuevamente ante Leo Gordon, pero esta vez con más precaución. Igual que yo le jugué sucio a la hora del intercambio de información, él también pudo hacerlo. Debe haber algo más que el robo del dinero. ¡Vamos!

Antes, pasamos por mi oficina. Me faltaba un pequeño detalle, al cual pocas veces recurro, pues no es de mi agrado: un revólver.

* * *

El casino estaba cerrado a aquellas horas de la mañana. El club estaba abierto, pero Leo Gordon no había aparecido por allí. Obtuvimos su dirección personal. Vivía nada menos que en Park Avenue, a la altura del Glass Building, en el distrito de Midtown.

Un edificio costoso, de lujo, con portero engalonado y servicial. La puerta del piso nos la abrió el propio Leo Gordon.

Fue una gran sorpresa para él. Retrocedió, mientras le apuntaba a la barriga con mi revólver.

—¿A qué viene esto? —balbuceó.

—Quiero saberlo todo, Gordon. ¡Adentro!

Pasamos al interior. El piso no desmerecía en nada al edificio del que formaba parte. Leo Gordon vivía a todo tren. Indudablemente, los negocios debían ir viento en popa.

—Usted...

—¿Quiere que haga con usted lo mismo que ese malnacido de Hoss hizo conmigo? —le pregunté cuando alcanzamos la biblioteca—. Le aseguro que tengo unas ganas locas. Vamos, hable.

—Yo...

—¡Desembuche!

—Pero ¿qué?

—De lo extraño que resulta que una chica se embolse descaradamente en una tarde, miles y miles de dólares jugando a la ruleta. Una chica llamada Marilyn Shaw, que ha resultado ser amiga de Louis Burton, un joven actor que se suicidó, dicen, en los servicios de su flamante casino. El tal Louis Burton fue visto acompañado, esa fatídica tarde o noche, no sé lo que era, por Diane Porter, que ha desaparecido. Ésta, a su vez, era amiga de la infancia

de William Fast, asesinado. Como verá es un gran follón, que espero usted me aclare. ¿Por dónde quiere empezar?

—Yo... yo no sé nada...

Temblaba como un flan. Y miraba hipnóticamente el negro agujero del cañón de mi revólver.

—No voy a tener contemplaciones —di un paso al frente, y le hice un corte en el rostro con el punto de mira. Ser desagradable con tipos como Leo Gordon no revuelve el estómago—. Así que anímese.

—No fue cosa mía.

—¿No? —Arqueé una ceja.

—La culpa la tuvo él.

—¿Quién?

—El hombre para el que yo trabajo. El verdadero dueño de los locales.

—¿Quién es ese tipo?

—Yo, Farrell —dijo entonces una voz a nuestras espaldas—. Suelte ese revólver o le parto la columna vertebral de un balazo.

Lo hice. Y no me di media vuelta porque había reconocido esa voz. Era Paul Kehoe.

CAPÍTULO XII

El productor de teatro y financiero de negocios sucios quedó, al fin, encarado a nosotros. Empuñaba firmemente una automática *Parabellum*.

—Eres muy blando, querido Leo —recriminó a su hombre de paja—. Ya estabas dispuesto a venderme. Menos mal que me encontraba aquí.

—Eso es lo que quería, que salieras y me sacaras del atolladero.

—Sí, claro.

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Las cosas han llegado a un punto que no tenemos más remedio que emplear el mismo método que utilizamos con Louis Burton.

—Suicidio, ¿eh? —rezongué, mirando mi revólver, todavía en el suelo.

—Sí. Los dos iban demasiado deprisa y alegres, en el coche, y cayeron al río. Una pena.

—William Fast también cayó al río.

—Pero de eso no tuvimos la culpa nosotros.

—¿Por qué no me desenreda el ovillo, antes? Ella es la hermana de Louis Burton.

—¡Maldita! —rugió Leo Gordon, mirándola con odio—. ¡Ella fue quien le libertó, maldita sea mil veces!

—Creo que tiene derecho a conocer la verdad antes de irse a la tumba —agregué, haciendo caso omiso a la maldición de Leo Gordon.

—Oh, vaya —exclamó Paul Kehoe—. Así que usted es hermana de Louis.

—Sí —asintió ella.

—Louis era un muchacho encantador. Lástima que no me

comprendiera.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el entrecejo ella. Yo ya lo veía venir.

—El tuvo algún contacto conmigo, profesionalmente, claro —sonrió—. Yo quise que hubiera algo más íntimo, pero él se negó en rotundo. No le di entonces la oportunidad que quería. De todas formas, para verlo humillado, para tratar de conseguir que volviera a mí suplicándome, le puse en el camino a Diane Porter. Ella sabe cómo volver locos a los hombres, es una mujer explosiva, que atrae a primera vista. Le convenció para jugar en el casino. Todo estaba preparado para que se arruinara. Entonces yo aparecí como tabla de salvación. Ni así me quiso. Incluso me insultó, me echó la culpa de su desgracia, intentó pegarme, amenazó con denunciarme. Fue una escena horrible, verdaderamente desagradable, allá arriba, en el despacho del querido Leo. Sentí hacerlo, pero no tuve más remedio que pegarle un tiro en la cabeza... y simular el suicidio. Su ruina económica, su falta de trabajo, daban pie a esa historia. Fue creíble para la policía.

—Pero no para mí —replicó Eileen, pálida, con los dientes apretados—. Yo conocía muy bien a mi hermano. ¡Es usted una basura!

—Y a cambio de ese favor, usted tuvo que acceder a las pretensiones artísticas de Diane Porter —dije entonces yo—. ¿No es así?

—Exacto —reconoció—. En fin, ahora, tras lo que he escuchado, ya sé quién lo planeó todo: esa tal Marilyn Shaw, para vengarse de mí.

—Explíquese mejor —rogué, con cierta ilusión por ser complacido.

—En principio, al desaparecer William Fast, Diane Porter y el dinero, creímos que era obra de los dos. El querido Leo puso en estado de alerta a sus hombres. Luego, más tarde, una voz femenina me telefoneó, diciéndome que sabía todo sobre mí, mis negocios y mi crimen, que Diane había hablado largo y tendido. A cambio de su silencio, esa tarde debía dejar ganar en la ruleta a una rubia platino todo cuanto quisiera, si no, la policía tendría rápidamente una confesión de Diane Porter. Obedecí para que no se descubriera el pastel.

—Se ha olvidado de decir que antes me ofreció una prima especial por localizar a Diane.

—Cierto. Era tener una persona más buscándola. Si usted daba con ella antes que los hombres del querido Leo, irían a buscarla y...

—Entiendo.

—Ahora, hace poco, nuevamente me ha telefoneado. Quiere cien mil más. Está dispuesta a arruinarme, a no dejarme en paz, está claro. No se conforma con lo que obtuvo ayer tarde. Y había venido aquí para solicitar la ayuda de los hombres del querido Leo, para que me ayuden a cortar esta sangría. Lo extraño es que esta vez no irá por el casino, quiere que acuda a un lugar de Long Island. ¡Bien, tendrá lo que se merece, la muy estúpida!

Habíamos llegado al final. No había más que hablar. El peligro se cernía sobre nuestras cabezas y, por tanto, había que obrar cuanto antes.

Fue un acto casi suicida, pero más valía eso que morir como corderos indefensos. De pronto, alargué una mano, atrapé por un brazo a Leo Gordon, quien no perdía de vista a Eileen, como si quisiera fulminarla con la mirada, por la traición de que había sido objeto por parte de ella, y lo atraje hacia mí.

Sonó un disparo. Leo Gordon chilló, mortalmente herido, mientras Eileen se tiraba al suelo. Lo empujé contra el productor de obras teatrales. Detrás, fui yo.

Los tres caímos en confuso montón. A mí sólo me interesaba el brazo armado de Paul Kehoe. Lo encontré mientras escuchábamos los últimos estertores agónicos de Leo Gordon. Paul Kehoe estaba consternado:

—Leo, querido Leo... Te he matado...

Menuda gente. Le di un sopapo para que reaccionara. Luego sólo quedó tumbado en el suelo el muerto, Leo Gordon. El ya había tenido su final. Yo también le quería dar el suyo a la historia.

Eileen se había puesto en pie, con mi revólver empuñado.

—Vámonos —rugí.

El primero en salir del piso fue Paul Kehoe, detrás fuimos Eileen y yo. Desaparecimos en el ascensor cuando ya los primeros vecinos hacían acto de presencia, alarmados. ¡Un disparo en Park Avenue! ¿Dónde habría de irse uno a vivir para estar seguro?

Llegamos al coche de Eileen.

—¿Dónde es la cita, Kehoe? —le pregunté, colocándole el cañón de su propia pistola en la boca—. Nosotros le acompañaremos.

Lo dijo.

Era un lugar cercano a Oyster Bay, en el condado de Nassau. No muy lejos de allí se encontraba la sepultura de Theo Roosevelt. Las aguas de la bahía eran hermosamente azules.

Fuera del núcleo callejero, en un paraje frondoso y solitario, allí era exactamente la cita. No se veía un alma; sólo un coche, un modesto Chevy.

Oteé el paisaje. No me gustaba aquello, ni poco ni mucho. Le ordené a Paul Kehoe:

—Baje y vaya para allá.

Bajó. Caminó con cierto temor. De pronto, estallaron los disparos.

Paul Kehoe se convirtió en una especie de muñeco, que iba de un lado a otro, según le mandaban los impactos de bala.

Cuando cesaron los tiros, aún dio unos cuantos tumbos, antes de quedar definitivamente tieso.

Mis ojos no habían perdido detalle. Lo que me temía se había producido. No lo sentía por aquel homosexual asesino. Vi a la muchacha. Su cabellera rubia platino era inconfundible, bajo el sol de aquella espléndida mañana. Corría hacia el Chevy. Hasta el momento había estado oculta entre unos matorrales.

—¡Quieta! —le conminé, saliendo del auto del Eileen.

No me hizo el menor caso. Se revolvió vertiginosamente, abriendo fuego.

Disparé.

Yo fui más certero. Ella cayó hacia atrás, los brazos en cruz.

Cuando llegué a su lado, observé que aún vivía. Y lo más extraño: sonreía.

—Lo... lo he... he conseguido... —balbuceó—. Solo... quería... vengarme... No... no me importaba... el dinero...

—¿Dónde está?

—Lo tiene él... Los dólares... y la chica... Era... era el trato... para que me... me ayudara... Yo sola... no podía... Sabía que... que a él... le gustaba... ella...

—¿El? ¿Quién es el? —pregunté, ansioso.

—Cove... Road... Mil... trescientos... cuarenta... Allí... está...

—Pero... —no continué porque me di cuenta de que había expirado.

Regresé al auto con una honda preocupación. Todo aquel maldito asunto todavía no había terminado. Puse a Eileen al corriente, y luego le facilité la dirección. Cove Road no se encontraba muy lejos de allí.

El mil trescientos cuarenta correspondía a un pequeño y gracioso chalet. La verja estaba abierta. Yo entré. Eileen se quedó en el coche.

Llamé a la puerta, pero nadie respondió. Finalmente, me decidí por tirar la hoja de madera. A la tercera carga de mis hombros, cedió.

Penetré, con el revólver por delante. No sucedió nada anormal hasta llegar al dormitorio. Allí encontré un cuadro atroz, capaz de hacer vomitar al más pintado. Una mujer se hallaba atada en aspa a los barrotes de la cama, y encima de ella un hombre la montaba salvajemente, como si de un poseído se tratara.

—¡Qué hermosa eres, Diane! —exclamaba entre jadeos ronc—.
¿Verdad que te gusta? ¡Oh...!

Rabioso, salté sobre él y lo descabalgué a culatazo limpio, implacablemente, sin piedad. El tipo chilló, espantado, reptó por el suelo y acabó encogido como un ovillo en un rincón.

En verdad era hermosa, ahora que podía contemplarla, al fin, en carne y hueso, toda ella, al completo. Un auténtico bombón, de perfecta anatomía y sedosos cabellos rubios, una mujer verdaderamente explosiva que podía haber emulado a la desaparecida Marilyn Monroe, volviendo loca a toda la humanidad masculina.

Lo malo es que ya nada se podía hacer por ella. Tenía sus otrora bellas facciones ahora desencajadas, en una mueca de asco y terror. Un colapso, con toda seguridad, había tenido la culpa de que ya nunca más pudiera escuchar un piropo por su belleza.

Giré el rostro para encarar a aquel loco psicópata. Tenía una mirada brillante, demente. Con una mano se cogía su miembro viril.

—Déjeme continuar, por favor —suplicó, babeando—. Déjeme hacerlo una vez más.

No pude contenerme. Le di una soberana patada en los genitales. El tipo quedó despatarrado, aullando.

Le miré duramente, con verdaderas náuseas, y mascullé:

—Es usted la bestia más inmunda que he conocido a lo largo de mi vida, Robert *Twist*.

EPÍLOGO

Robert *Twist* confesó todo lo que sabía. Seguidamente, tras el corto juicio que se celebró, ingresó en una clínica psiquiátrica.

Diane Porter, durante el tiempo que fue su alumna, nunca le hizo el menor caso, a pesar de sus insistencias (a mí, por supuesto, me mintió, por lo que le iba en juego) y eso sacó a flor de piel sus desquiciadas ideas adormiladas en su subconsciente. Marilyn Shaw, que también había tenido conocimiento de la existencia de Diane Porter, aquella trágica jornada que murió Louis Burton, se colocó en la obra teatral en la que iba a actuar la rubia explosiva, en un sencillo papel de extra.

Su único fin era sonsacarla, pero Diane era hermética como una buena caja fuerte. Marilyn, muy observadora, se dio entonces cuenta de la debilidad de Robert *Twist*, y le prometió dinero y a la chica a cambio de que la ayudara en el plan que había maquinado: consistía en raptarla y hacerle confesar, como fuera, todo lo que sabía, en aquel chalet alquilado de Cove Road. Ella, para poder actuar en libertad, originó aquel conflicto con el director de la revista para que la despidiera, y así no despertar sospechas con sus faltas.

Pero hubo problemas. En casa de Diane Porter, aquella noche, encontraron también a William Fast, que había acudido para comunicarle a su amiga de la infancia las sospechosas pesquisas de la chica del guardarropa del casino. Le mataron y se quedaron con el dinero que llevaba encima. Luego, tiraron el cadáver al río.

Obligaron, por fin, a Diane Porter a confesar cuanto sabía. Robert *Twist* comenzó, a partir de entonces, a satisfacer sus deseos ocultos y cuando yo aparecí de nuevo por el teatro, para confundirme, me habló de William Fast; él vigilaba constantemente

a Diane, por eso sabía que a veces salía con él, mientras Marilyn llevaba a cabo su venganza: hacer sufrir un poco a Paul Kehoe, exprimiéndole económicamente, y luego, como final, matarlo. Ella desaparecería, tenía comprado un billete para el Canadá. Robert Twist ya se las arreglaría como pudiera con Diane Porter.

Marilyn y Eileen, llevadas por su amor a Louis, habían tenido, sin llegar a conocerse, una misma idea, en un principio: averiguar la verdad. Pero la primera la llevó demasiado lejos.

Ahora ya todo ha terminado y sólo me resta hallar un editor que quiera publicar esta historia.

¿Que si ahora me dedico a escribir? No, en absoluto. Ha sido una incursión ocasional, ya que pienso que el tema es bueno. Yo sigo trabajando como detective privado, pero he cambiado de sede. Vivo y ejerzo mi profesión en Jersey City. La culpa ya pueden ustedes imaginar quién la tiene.

Inteligentes.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.